

La Esfera



LI * Núm. 72

Precio: 50 cénts.



EN EL TELÉFONO, cuadro de Cruz Herrera



Hasta para afeitarme,
prefiero el Jabón
Heno de Pravia
porque suaviza la piel.

UAB
Biblioteca de Comunicació
i Hemeroteca General
Ehrmann.

La Esfera

Año II.—Núm. 72

15 de Mayo de 1915

ILUSTRACIÓN MUNDIAL



EXCMA. SRA. DOÑA MARÍA DEL PILAR DE LEÓN Y DE GREGORIO
MARQUESA DE SQUILACHE

U.M.B.
DIBUJO DE GAMONAL
Biblioteca de Comunicacio
i Hemeroteca General

Ilustre y caritativa dama, protectora de artistas y literatos y bienhechora de los pobres, que ha fallecido en Madrid el día 8 del actual

DE LA VIDA QUE PASA



Vista panorámica del Parque del Oeste

FOT. SALAZAR

• ❖ • UN ATENTADO • ❖ •

EL paisaje que ofrece el campo de Madrid, contemplado desde el «mirador» del Parque del Oeste, es de una belleza soberana. En los atardeceres lascivos de Mayo, la voz de Anacreonte vibra en las florestas y en las frondas, requiriendo á los amadores, brindándoles camarines nupciales donde ofician de incensario las rosas.

Es en estos días la atmósfera enorme campana de cristal. Dentro de ella va dibujándose el paisaje.

La serranía se recorta sobre fondo azul, coronada por las perpetuas nieves, que caen desde los picachos al reborde de las laderas, como caen desde lo alto de la peineta á las redondeces del busto, las blancas mantillas de las majas, inmortalizadas por el genio de Goya.

De aquellas laderas parte un verde manchón que desciende en olas mansas, apacibles, al encuentro de la ciudad.

Según avanzan las olas de ese mar va haciéndose más precioso, más contorneado el paisaje.

A la izquierda triunfan los matorrales y arboledas de la Casa de Campo; á la derecha los pinares y jardines de la Moncloa. Al pie de la Casa de Campo cincela Manzanares platerescos zig-zás; los juncos le hacen cortesías; los árboles ribereños se curvan para contemplarse en el espejo de las ondas. Las praderas son bordados tapices; nidial cada vivienda de las sobre ellos esparcidas.

El aire vibra acariciador, impregnado de humedades fecundas. Las nubecillas, flotantes en la atmósfera, son oro al reflejo solar. Las aves pasan y repasan bajo esas nubes, coqueteando con los abanicos de sus alas, trovando su amor...

Todo habla de belleza, de paz en esta égloga viva.

Más habla aun para quien viene á disfrutarla luego de recorrer los paseos y plazolejas del Parque del Oeste, las honduras y boscajes de la Moncloa. En aquéllos y en éstos son las impresiones menos plácidas, más hábiles para el despertamiento de la sensualidad, para el ensueño ó para la realización de galantes escenas ó de apasionados coloquios.

A la galantería ofrecen versallesco escenario los rincones del Parque con sus bancos, adosados por el ramaje de los pinos y por los palios de fragantes caireles que las lilas en flor tejieron; de galantería hablan los pájaros, requeriéndose con desvergüenza que envidiaría un Richelieu; á ella provocan el gotear de las fontanas sonando á chasquido de beso y los vahos húmedos que se escapan de las regueras.

En la Moncloa el escenario excluye lo superficial; allí no pueden representarse madrigales; allí el amor ha de ser poema hondo, intenso, con desenlace dramático tal vez.

En aquellas umbrías no son camarines eróticos los que tejen las plantas; son templos. La divinidad que los preside exige á sus fieles rendimiento absoluto: en cuerpo y alma.

No es galante, es apasionada la música de las fontanas. El ruiseñor reina en los árboles. Y el ruiseñor no es un amante á lo don Juan. Lo es á lo Marsilla ó á lo Manrique.

Con unas ú otras impresiones se llega á la balastrada del «mirador». Contemplando el paisaje que desde el «mirador» se domina se aquietan las ansias del espíritu ó los incendios de la sangre. Es este paisaje tan armónico, tan reposada su belleza que nos trae á la beatitud, á la mística serenidad.

De ella gozamos por completo. Pero ¡ay! que si los ojos, puestos en la sierra, en la Casa de Campo, en los valles y cerrillos de la Moncloa, se dirigen á los bajos del Parque del Oeste, la

beatitud se cambia en ira y la mística serenidad en gesto de horror.

Obra es ello del «monumento» que, dedicado á los héroes españoles de América, se yergue en el centro de la hondonada, como un reto á la belleza y al buen gusto.

Nada tan antiartístico, tan desentonado con el resto del cuadro, como ese templete á que sirve de remate un globo terráqueo, sostenido por cuatro columnas achaparradas y groseras.

Los héroes españoles que pelearon en América son héroes totales. Lo fueron en vida y siguen siéndolo después de muertos.

¡Porque ya hace falta heroísmo para aguantar el «monumento» que les ha dedicado el Municipio de Madrid!...

Es una ampliación de «ramillete» de confitería barata.

No hay derecho á enconfitar á los héroes españoles.

Tampoco lo hay para afrentar á la campaña de Madrid con ese adfesio.

El tal «monumento» hace el mismo papel y produce tan horrible impresión, como el que haría y produciría intercalada en una égloga de Virgilio una cuarteta de Carulla.

Ese «monumento», por ser como es y estar donde está, constituye un imperdonable atentado.

De él toca la mayor parte de la culpa al Ayuntamiento de Madrid, que recibió la obra y la emplazó en la campiña madrileña, para tormento de los ojos y vergüenza del arte.

Si quiere lavarse de esta culpa nuestro Municipio, sólo tiene un recurso:

Derribar el antipático pegote, y tirar al río los escombros.

El Manzanares puede ser el objeto, un Jordán.

Joaquín DICENTA

LAS SALESAS REALES

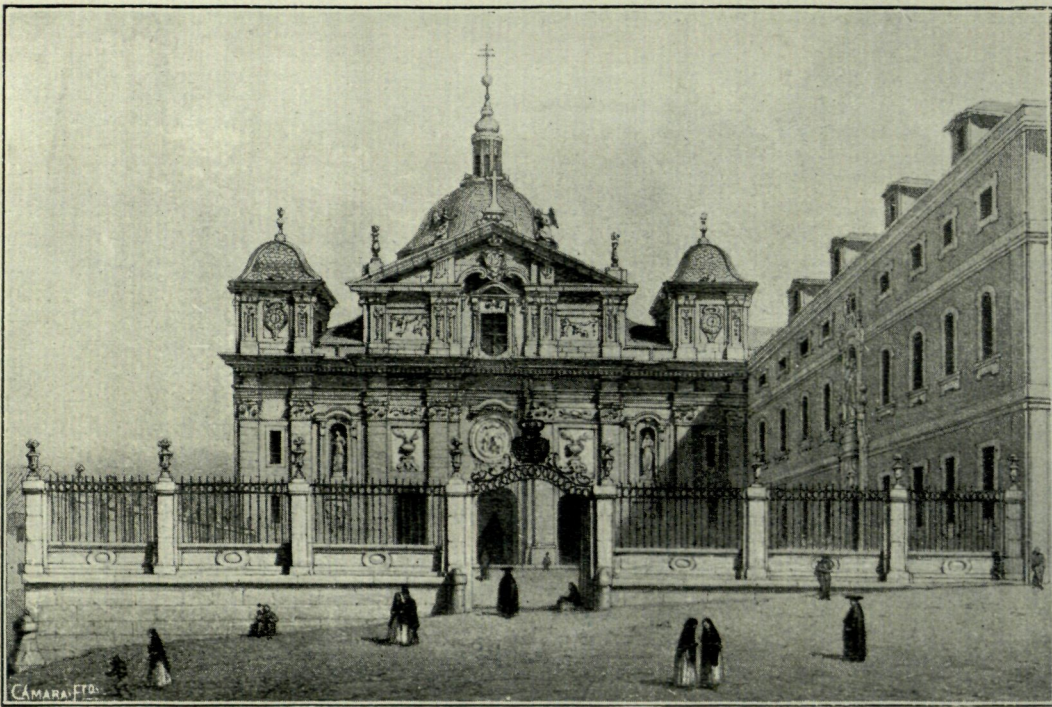
(PALACIO DE JUSTICIA)

Más allá de la antigua calle de San José, luego llamada de la Veterinaria y en diversidad de sitios, que todos fueron comprados para este objeto, se fundó por la reina María Bárbara y su esposo D. Fernando VI, en 1758, el suntuoso monasterio de la *Visitación de religiosas Salesas*, con su extendida huerta y jardín, que en unión del monasterio comprendían el inmenso espacio de 750.523 pies, y todavía se agregaron á él otras posesiones contiguas, quedando convertido aquel lugar de recogimiento en un soberbio palacio, al que nada le faltaba: sitio de recreos, celdas ventiladas y sanas é iglesia espléndida y ricamente alhajada constituían el convento de las *Salesas*.

Se invirtió en esta grandiosa fundación la enorme suma de ochenta y tres millones de reales, según unos, y la de diecinueve millones de reales según otros. Esta diferencia se establece por que los unos valoraban, no sólo el monasterio, sino también los anejos á él, huerta, etcétera, etc., y los otros valoraron sólo la obra del monasterio, sin contar para nada el precio de los terrenos y demás obras verificadas hasta la total terminación del hermoso asilo de religiosas *Salesas*.

Lo cierto del caso es, que según una nota que aparece en el testamento de doña María Bárbara—cuya copia se conserva en la Biblioteca Nacional—, el coste total de las *Salesas Reales* fué de 85.000.000 de reales.

En cuanto á la grandeza y mérito artístico del edificio no es posible negársela sin notoria injusticia, por que si bien no es todo lo rico de ornamentación que hubiera podido ser de haber sido construido años después, con los adelantos del arte y del buen gusto, y teniendo en cuenta las sumas invertidas, tampoco podemos negarle una suntuosidad y una solidez nada comunes.



El convento de las Salesas Reales, según una estampa antigua

La edificación fué dirigida por los célebres arquitectos Francisco Carlier y Moradillo, aunque existen razones fundadas para creer que Moradillo sólo sirvió en esta ocasión como auxiliar de Carlier, que fué realmente el que hizo los planos.

Carlier, arquitecto francés, era hijo y discípulo de Renato Carlier, profesor de arquitectura en la Academia de San Fernando desde 1752.

Construyó la iglesia de El Pardo y la de los Premonstratenses de Madrid, comenzando en

Estos jardines, de los cuales ya hoy no queda ni recuerdo, ni de la huerta, desaparecida también, al quedar convertido el edificio en Palacio de Justicia, eran un verdadero edén según nos refieren historiadores de la época. Nos hablan también de una linda cerca, cubierta de florecillas diversas que embalsamaban los aires y que cuidaban con sus manos de jazmín aquellas nobles damas allí recluidas y á las que acompañaba la reina en estos menesteres muchas tardes de ociosidad piadosa, cerca que llegando á los paseos de Recoletos y de la Ronda seguía hasta incorporarse con la otra del extinguido convento de Santa Bárbara y que también fué demolida para el ensanche y construcción del paseo antedicho.

Lanzada la comunidad en 1870 por razones que no son del caso enumerar, el convento aristocrático pasó á ser Palacio de Justicia y la tranquilidad de los claustros fué turbada por las resonantes voces de los criminales y por la oratoria más ó menos elocuente de los letrados.

Donde jamás se asentara el delito, entró para ser juzgado y desde entonces han venido



Sepulcro de Fernando VI en la iglesia de las Salesas

1750 la construcción de las *Salesas* (hoy terriblemente dañadas por incendio voraz y que estaba, en la actualidad, destinado á Palacio de Justicia). Las obras terminaron en 1758 y las inauguraron sus majestades con gran pompa.

Se dice que Sachetti había hecho un proyecto de convento, pero el rey gustó más del presentado por Carlier, y este fué aprobado por doña Bárbara y Fernando VI.

El templo de las *Salesas*, por su elegante forma, por la riqueza de sus materiales y por la

preciosidad de su ornato y accesorios, entre los que sobresale el sepulcro de los reyes fundadores, que es, sin duda alguna, el más ostentoso de Madrid, merece el dictado de obra de arte.

En el otro lado del crucero se ostenta la suntuosa tumba, elevada por suscripción nacional, al general don Leopoldo O'Donnell, duque de Tetuán, enterrado allí por voluntad de los reyes y por derecho propio de ciudadano ilustre.

El convento, como vemos, podía llevar orgullosamente el título de palacio regio, como decimos, especialmente la parte designada con este nombre por la reina fundadora, que destinaba á su habitación, y que era la que mira á los jardines.



FERNANDO VI



DOÑA BÁRBARA DE BRAGANZA



La iglesia de las Salesas Reales en la actualidad

funcionando sin interrupción los tribunales de justicia, en lo que fué monasterio de la *Visitación* de religiosas *Salesas*.

Antes de la fundación de este magnífico monasterio y según un plano del siglo xvii, ocupaban aquel sitio varias casas y huertas, y desde el altílo que hoy forma la *plazuela de las Salesas* corría recta la calle del mismo nombre (entonces llamada de los *Reyes Alta*), á salir á la calle de *Alcalá*, por donde después fué jardín conocido por el del *Valenciano*, y entre donde después se alzaron los edificios de *Buena-Vista* (hoy Ministerio de la *Guerra*) y la *Dirección* de *Infantería*.

Todo esto ha variado completamente con la roturación al Paseo de *Recoletos* de las calles del *Saúco*, *Piamonte* y *Salesas*, en donde hoy se levanta uno de los barrios más elegantes de *Madrid*.

Se han contado muchas historias fantásticas respecto al convento de las *Salesas*. Entre ellas, la de que éste tenía una galería subterránea que servía para comunicarse con el palacio real, al propio tiempo que por otra también conducía á las religiosas á otro convento, el de *Santa Bárbara*, no lejano de aquél. Todas estas son patrañas inventadas por la fantasía del pueblo, que veía entrar en aquella mansión con frecuencia á los reyes, y quería á todo trance darle misterio á aquellas visitas de las que no siempre los vieran salir.

Otro incendio ocurrió hace ya unos años que puso en grave peligro la iglesia; afortunadamente quedó reducido á la cúpula de la nave central, que pronto fué reconstruída.

También no hace muchos años el señor presidente del Tribunal Supremo, temiendo por un incendio como el ahora ocurrido, y enterándose de que el edificio estaba sin asegurar, puso una

comunicación al entonces ministro del ramo, indicándole la conveniencia de asegurar el hermoso palacio. Sin duda alguna el ministro no opinó lo mismo que el presidente del Tribunal Supremo ó el oficio se extravió, pero es el caso que no obtuvo contestación la reclamación del presidente.

Inmensa desgracia es esta de la destrucción, aunque no sea más que en parte, del Palacio de Justicia; los trastornos gravísimos que ha de originar este siniestro, no podemos alcanzarlos de una ojeada, pero poco á poco nos daremos cuenta de su importancia. La desgracia pudo ser mayor, de confirmarse lo que se temió en un principio: lo horrible.

La hermosa biblioteca del Colegio de *Abogados* destruída, el archivo perdido en su mayor parte, las riquezas allí atesoradas, incendiadas sin haber podido salvar más que algunas de ellas.

Difícil resulta resolver el conflicto; la atención de todos los elementos oficiales y no oficiales debe fijarse en esta desgracia para evitar su repetición, interrumpiendo la marcha de los Tribunales.

El Gobierno tiene la palabra, la voluntad del pueblo español la tiene para en apretado núcleo pedir y ayudar á reconstruir aquel edificio, recuerdo de épocas gloriosas de nuestra querida España, hoy desdichadamente perseguida por la mala estrella.

JUAN GÓMEZ RENOVALES



La fachada principal del Palacio de Justicia, por donde empezó el fuego

LO QUE FUE
RESTAURACIONES
(DE LAS MEMORIAS DE UN GACETILLERO)



RAFAEL CALVO

HABLANDO del teatro de la Comedia de Madrid y de la restauración proyectada para que reanude su historia y se borren los estragos del incendio, acuden á mi memoria los arreglos hechos en varios coliseos de la Corte allá por el año de gracia de 1879. Por cierto que, en la primavera de tal año y en el teatro aludido, se estrenó una obra traducida del francés con el título de *Las de Caín*, que como supondrá el lector no tiene el menor parentesco con la saladísima de Serafín y Joaquín Alvarez Quintero.

El Real se remozó pintando Sans el magnífico techo, se variaron todos los adornos de la sala, se transformaron pasillos, escaleras y dependencias, se limpió... De esto hace, como queda dicho, treinta y seis años; pues bien, desde entonces no se ha practicado una operación análoga en el edificio, que ¡claro!, pide á voces que le adornen de nuevo, le cambien el mobiliario y la decoración; en suma: que le modifiquen de arriba á abajo, porque los lustros no pasan en balde.

Como el Real se puso de limpio en 1879, el teatro de Variedades destruído por un incendio, ¡Los teatros que se han incendiado en mi ya larga vida! Recuerdo el Circo de la plaza del Rey, Romea de la calle de la Colegiata, Variedades, que acabo de citar, Eldorado, la Zarzuela, la Comedia, y en todos ó en casi todos el siniestro se produjo á la misma hora, estando el local sin gente. Conatos de incendios durante las representaciones ha habido infinitos, pero sin que de ninguno de ellos se enterase el público, y en más de una ocasión, mientras en las tablas del escenario representábase la farsa, entre bastidores ó en el foso varios hombres esforzados luchaban para evitar una catástrofe... De estos conatos recuerdo uno en la Comedia. (¿Estaría predestinado?), y otro en el Español... Varios en otros sitios, y todos, dicho sea con gratitud hacia la Providencia, sin que ocurriese la menor desgracia.

En crónicas anteriores hablé de lo fecundo que fué para la escena nacional el año 1879. Además de lo dicho, fué memorable en aquella época el que trabajasen juntos Antonio Vico y Rafael Calvo. Salieron á escena con la comedia *En esta vida todo es verdad y todo es mentira*, de Calderón. ¡Qué noche aquella! Al aparecer Calvo, rugieron de entusiasmo sus parciales, y al aparecer Vico estalló una tempestad de aplausos de sus admiradores; se aplaudió á los dos; pero los bandos respectivos de ambos inolvidables artistas aprovecharon las ocasiones para echar el resto por sus ídolos. Fué un combate hermoso, emocionante... ¿Saben ustedes donde se lucha ahora por este ó por el otro? En el teatro no es seguramente... En la plaza de toros y en los cafés y hasta en los teatros mismos, donde una juventud animosa no cesa en sus disputas sobre si Joselito, sobre si Belmonte... Diablos de chicos... Pero en fin, aunque sean manías de viejo, prefiero lo otro, el recio y acalorado discutir acerca de si era Vico ó si era Calvo el mejor cómico de España. ¡Quién nos diese hoy ocasión para una competencia como aquella!

También se restauró entonces Eslava, que aún no había pasado de la categoría de Salón. Después de pintarle, cambiarle y transformarle, brilló en él Ricardo Zamacois, que adaptándose al actual derroche de adjetivos habría que llamarle preclaro. ¡Vaya un comiquito aquél! ¡Y pensar que nunca le pusimos en los papeles más que distinguido!

Y ya que de reformas hablo, citaré, porque también se realizó en 1879, la del desaparecido café de For-

nos, que entonces ofreció al público una decoración espléndida en que intervinieron, Emilio Sala con magníficos techos, Gomar con sus bellísimos paisajes y Ramón Guerrero, el padre de la insigne actriz, que era un decorador de gusto exquisito y muy experto en su arte.

Fornos era punto de cita de todo Madrid. Allí se comentaron los sucesos culminantes de la época. La muerte del general Espartero, que había sido un ídolo de los españoles y desapareció en medio de la mayor indiferencia. Cuando en el Senado se dió cuenta de su fallecimiento no se pronunció ningún discurso, y hoy apenas desaparece un abuelo de la Patria se le dedican varias oraciones fúnebres. La crisis política que puso á Martínez Campos en el sitio de Cánovas y la famosa discusión del mensaje en que intervinieron Castelar, Martos, Carvajal, Sagasta, Cánovas, Francisco Silvela. ¡Qué discursos sus discursos! Nosotros creíamos por entonces que la prosa parlamentaria de tales señores sería eterna y ya nadie la tiene presente. ¡Ah! ilustres vanidosos, que cuando estremecéis á los auditorios sentís el engrime de la inmortalidad. Tened por seguro que nada hay tan deleznable y pasajero como las pompas mundanas que se fundan en triunfos de cierta clase, efímeros como las flores. A Martos le dieron un banquete con motivo de su discurso y hubo brindis. En la fiesta estuvo un chico que prometía, llamado Canalejas, pero que no habló porque aún no era personaje para intervenir, como los principales, en la hora solemne del agasajo. A Sagasta le obsequiaron con una serenata en la víspera de su santo. Aún recuerdo que á las doce de la noche, en la calle de Alcalá, y rodeando á la orquesta del Real, tarareábamos los muchachos demócratas siguiendo la música de Bellini, el heroico

Suoni la tromba intrépida

y los aplausos dedicados al dúo de *Puritinos* y á la sinfonía de *Guillermo Tell*. Sagasta en el balcón, acompañado de sus leales, sonreía satisfecho y la muchedumbre abajo palmoteaba estremecida de entusiasmo y pensando en la libertad.

A propósito de banquetes. En los días que evoco se verificó uno dedicado á un alemán, Fastenrath, que era muy amigo de España y de las letras españolas. En el banquete hablaron Romero Ortíz, Moreno Nieto (Señor, si viviese ahora Moreno Nieto, ¿cómo le calificaríamos después de llamar eximios, indispensables y hasta excelsos á algunos oradores?), Echegaray, Alarcón, Campoamor, Núñez de Arce, Valera y Revilla que se malogró y era un polemista de primer orden.

En la Real Academia española hubo otra gran solemnidad: la recepción del marqués de San Gregorio, un médico famoso, que lo era de la Real familia. Leyó el sabio doctor un discurso; contestóle Rodríguez Rubí, y después el Rey que presidía, dijo unas cuantas palabras, como suyas, muy oportunas y muy elocuentes. ¡Cuidado que hablaba bien D. Alfonso XII!

Poco después de pronunciar este discurso, sufrían el Monarca y su augusta familia una gran desgracia: la muerte de la infanta doña Pilar, acaecida repentinamente. Era una criatura angelical y el que se malograra produjo duelo en toda la nación. También causó gran alarma un accidente de que fué víctima el Rey estando en la Granja. El coche en que iba volcó, dislocándose un brazo el Soberano. Los comentarios de estos sucesos constituían entonces el tema de todas las conversaciones. Se hablaba de conspiración republicana. Ruiz Zorrilla en París y en España hombres ilustres, concertábanse para derrocar el trono restaurado. Aún hallábase el ejército metido en luchas políticas y eran perseguidos por sus opiniones contrarias al régimen muchos militares. Al general Lagunero le llevaron muy enfermo á Prisiones y otros jefes tuvieron que desaparecer para que no les encarcelaran. Lagunero moría el mismo año 1879, en casa del doctor Velasco, en el actual Museo Antropológico.

Madrid, á pesar de todo, crecía rápidamente y estaba animadísimo. En sus tertulias y reuniones se dedicó un recuerdo al príncipe Napoleón, á quien mataron los zulús, y durante el verano se anticiparon los pormenores de las fiestas dis-

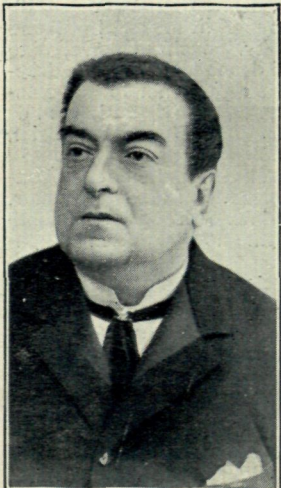
puestas con motivo de las bodas reales, porque el rey disponía segundas nupcias con una gentil archiduchesa de Austria, doña María Cristina. Un suceso triste causó grandísima impresión. Hubo en el Prado revista militar y al desfilar las tropas por la Puerta del Sol explotaron los cartuchos de un armón de artillería, causando la muerte de un artillero, gran número de heridos y verdadero pánico á la concurrencia que asistía al acto.

Se hablaba entonces de una Exposición Hispano Colonial en Madrid que no se celebró, pues para exposiciones madrileñas nadie ayuda nunca. Con tal motivo, el Ayuntamiento quiso crear una Lotería más, y digo una más, porque en 1879 había diez; la Nacional, la de Cuba, la Rifa del Pardo, la del Niño Jesús, la de Aranjuez, la de la Beneficencia domiciliaria, la del Hospital de Reus, del Hospital de Barcelona, del Asilo de Alcalá y de Caridad. El esperar ganancias por el azar estaba entonces mucho más arraigado y difundido entre nosotros que ahora.

La literatura, aparte del Teatro, renacía lozana. Pedro Antonio de Alarcón, Valera, Pereda, cultivaban la novela. Galdós, mostraba ya su empuje soberano. El Ateneo era el más influyente y elevado Centro de cultura de España. Echegaray, sacudía vigorosamente á la escena española, para quitarle el sopor que le produjeron flojeces y simplezas. España progresaba cuando de pronto sufrió un gran desastre. En Murcia, en Almería, en la huerta allicantina hubo terribles inundaciones. El Segura se desbordó y feraces comarcas quedaron convertidas en barrizales estériles. Muertos, heridos, miseria, luto, horror, cubrieron campiñas que por lo bellas y fecundas eran verdaderos paraísos.

El país entero se apercibió para socorrer á los desgraciados de Levante. *El Imparcial* (que por cierto en aquel año había sufrido el desmembramiento que dió origen á *El Liberal*), hizo una campaña que puede invocarse siempre para orgullo de la Prensa española. El Rey estuvo en Murcia animoso, valiente, lleno de generosidad, como siempre. Menudearon los beneficios y las cuestaciones. *Lagartijo* fué á París, donde organizaron una fiesta de caridad. ¡Ah!, entonces Francia nos mostró su cariño con pruebas inequívocas, porque por encima de los circunstanciales accidentes de momento siempre sintieron los franceses simpatías por nosotros.

Las cuestaciones para remediar los estragos de la inundación produjeron grandes sumas. Hubo corridas de toros, en que por cierto no tomó parte Frascuelo por estar gravemente herido. Le cogió un Miura al pasarle de muleta en una tarde de Septiembre. Era Frascuelo popularísimo, pero al dar cuenta de su perance los periódicos no emplearon arriba de veinte líneas. Tenía entonces la curiosidad pública menos exigencias que actualmente. Los actores también coadyuvaron á los beneficios con su trabajo. Las empresas destinaron las funciones de tarde para los fines caritativos y se protestó porque á las funciones de tarde no iban más que las niñas y los infantes puestos bajo su custodia. Ahora las funciones de tarde son mucho más importantes y productivas que las de las noches. Pasada la consternación ocasionada por la catástrofe levantina, recobró Madrid su aspecto brillantísimo, regodeándose con las restauraciones hechas á sus teatros, y sobre todo con la del Real, donde Gayarre cantaba como para comérselo, según decíamos los que recibíamos en aquellas lejanas noches emocionadas tan intensas, que aún no las ha extinguido el doloroso transcurrir del tiempo.



ANTONIO VICO

DE LA FIESTA DE LA FLOR
EL PRIMER SANATORIO



S. M. la Reina en el acto de la colocación de la primera piedra del Sanatorio para tuberculosos pobres, que se edificará en Valdelata

FOT. CAMPÚA

ESPANTA la guerra; se abomina de la fiera crueldad con que desdén la vida humana y la destruye... Hermana de la Muerte se la llama. Y vemos impasible, en cambio, como normalmente, cada año y cada día sin treguas de paz, la Muerte se lleva prematuramente al más allá, millares de niños y de jóvenes. Hay entre otras, una epidemia insaciable de vidas humanas. Es la Tuberculosis. Según Schenepp, cada año mata tres millones de hombres en todo el mundo. La ciencia médica, á pesar de sus últimos descubrimientos, no ha llegado á vencer el terrible mal. Desde que el contagio declara sus primeros síntomas, el enfermo se ve condenado á morir en una lenta, cruel y engañadora agonia. Es el fruto de todas las miserias sociales, del hambre, de la miseria, del alcoholismo, de la prostitución. Y en la convivencia social está el contagio inexorable en todas partes: en las escuelas, en los hogares, en los teatros. Hace más de un siglo se inició la lucha contra el mal. Las previsiones higiénicas no son cosa moderna. Es admirable la ordenanza contra la tisis publicada por el rey de Nápoles en 1782, imponiendo graves penas á los súbditos que no cumplieran sus preceptos. Desde entonces, en toda Europa se emprendió una campaña tenaz en la que cooperan los gobiernos y la acción social.

En España repercute esta obra de misericordia tardíamente. El apostolado reciente de Moliner, de Verúes Montenegro, de Martín Salazar, de Pulido, de Tolosa Latour y de otros médicos, exaltado en unos, constante en otros, desinteresado en todos, no ha producido aún sino escasísimos resultados. Mezquinamente los gobiernos han creado en las playas del Cantábrico, dos sanatorios para niños pretuberculosos. En el Mediodía, en el Mediterráneo y en el sur Atlántico, donde esos sanatorios podrían ser permanentes, no hay ninguno.

Los niños, que fortifican sus pulmones y to-

nifican su sangre durante la temporada veraniega en los sanatorios de Oza y Pedrosa, vuelven en otoño á sus hogares pobres, sin aire, sin luz, sin pan muchos días; corriendo el riesgo, no ya de su propia depauperación física, sino el del contagio de sus parientes, de sus vecinos. Las diputaciones provinciales tienen hospitales, asilos, sífilicomios, loquerías; muchos Ayuntamientos también sostienen fundaciones benéficas, pero me parece que no hay un sólo organismo de éstos en España que combata seriamente la tuberculosis, y en cambio, muchos de esos asilos, como las cárceles, son focos donde la enfermedad, escoge á su placer, las víctimas. La iniciativa individual, el altruismo de algunos médicos, han logrado crear dispensarios, que son como arenas en la playa. Porque no es exagerado suponer que en la pobre España hay entre contagiados, incurables y pretuberculosos tres millones de enfermos. Para salvarlos, para evitar que su número aumente en las próximas generaciones por herencia, que tan enérgicamente combaten algunos Estados de la Unión norteamericana, serían precisos los cien millones de que hablaba el iluso Moliner. Y el Gobierno español no está dispuesto á dar ni cien millones, ni veinte, ni cinco, ni uno.

Se apela á la acción social, á la cooperación de todos, tan tibia entre nosotros, falseando principios fundamentales de la constitución de los pueblos modernos, donde no debe quedar entregado á la voluntad individual nada que sea deber é interés colectivos. El poético aparato de la Fiesta de la Flor ha sugestionado á nuestro pueblo y en la medida de su longanimidad y su galantería ha reunido unos millares de pesetas, con las que comienza á ser realidad la obra admirable de los sanatorios. Es cierto que en toda Europa se celebra esta fiesta, que aunque parece un ensueño latino fué imaginada por sajones, y es verdad que en toda Europa y en Norte Amé-

rica, y en Australia, la lucha contra la tuberculosis tiene todos los caracteres de una guerra, en la que todos los ciudadanos son combatientes, de una intensa acción social, pero es así, después que los Estados cumplen plenamente su deber, siendo con leyes y con dineros los primeros sustentadores de la campaña. No es una acción social, aislada de la acción de los gobiernos y justificadora de su abstención, sino al contrario, una cooperación de la acción oficial, más intensa aquélla, mientras ésta es más estimuladora.

Así, la bondad con que la Reina de España ha acudido á solemnizar el comienzo de las obras del primer sanatorio costeado con las dádivas de la Fiesta de la Flor, debiera servir, no para incitar la caridad de los madrileños en el próximo festival, como dijo el Sr. Sánchez Guerra, sino para hacer resaltar el desconocimiento de deberes con que España se gobierna, porque combatir la tuberculosis no es obra de caridad ni de misericordia, sino empresa política, obra social, acción gobernante, obligación nacional, defensa de la raza... Ahí, el estímulo individual, el consuelo personal al enfermo, la dádiva particular, en suma, la caridad y la misericordia son la añadidura, que gráficamente nos prometen las palabras cristianas...

Todo el esfuerzo galante de una capital como Madrid, que rindió sus bolsillos á la súplica de nuestras bellas muchachas, no ha alcanzado más que para proveer al cuidado de veinte enfermos, que se instalarán en el sanatorio comenzado á edificar. En Madrid hay seguramente veinte mil tuberculosos y pretuberculosos. Si los políticos siguen dejando su cuidado al sentimiento público, dentro de mil años habrá sanatorios para todos... Ante la hidalga figura de nuestra Soberana, la política tentacular debió haber ofrendado algo más que unas palabras...

DIONISIO PÉREZ

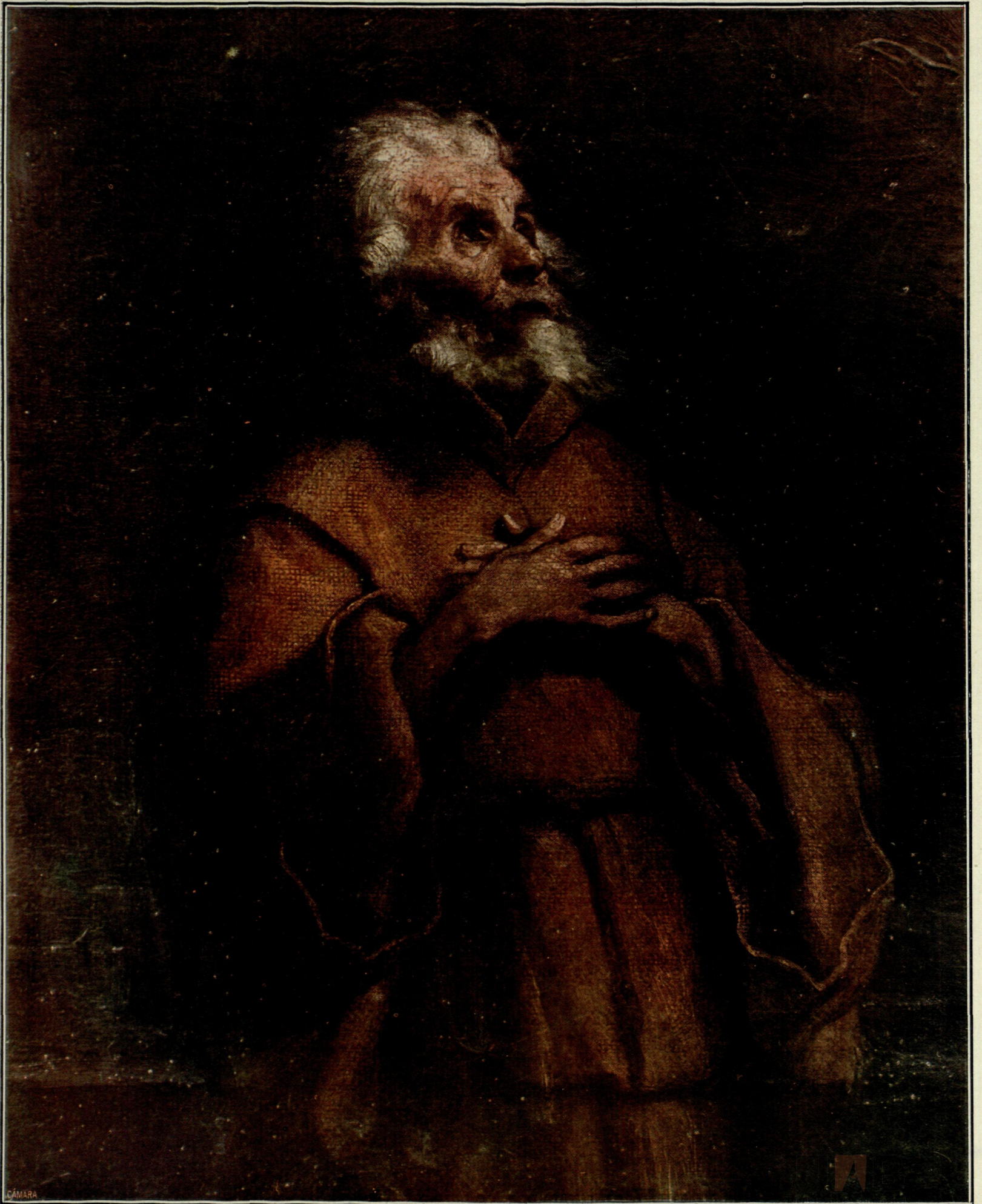


EL OBISPO DE MADRID-ALCALÁ BENDICIENDO, EN PRESENCIA DE S. M. LA REINA DOÑA VICTORIA LA PRIMERA
PIEDRA DEL SANATORIO PARA TUBERCULOSOS POBRES, QUE SE EDIFICARÁ EN VALDELATA FOT. CAMPÚA

Biblioteca de Comunicació

LA ESFERA

ARTE ANTIGUO



SAN FRANCISCO

Cuadro de Murillo, propiedad del ilustre pintor Muñoz Degrain

CÁMARA

Biblioteca General

PÁGINAS POÉTICAS



LA PIRAGUA

De flor en flor saltando la mariposa
al sol muestra su brillo multicoloro;
son sus alas los pétalos de una rosa
salpicados de escarcha, carmín y oro.

Fué oruga, fué crisálida, vil gusano
que trepaba, arrastrándose á los rosales
y burlando la inquina del hortelano
buscaba fujitivo los matorrales.

Ahora vuela á su antojo, se ama en el aire
y los otros gusanos, siempre en capullo,
su ligereza envidian y su donaire.

creyéndose capaces de iguales galas.
Ignoran que á despecho del vano orgullo,
no á todos los gusanos les nacen alas,

EMILIO BOBADILLA

(Fray Candil)

DIBUJO DE BARTOLOZZI

AMBICIÓN DE GUSANO

Barquera, ven: la noche está serena;
cuajada hasta el confín de extrañas luces.
Al son de tu doliente cantilena
¡á cuánta gente anónima conduces!

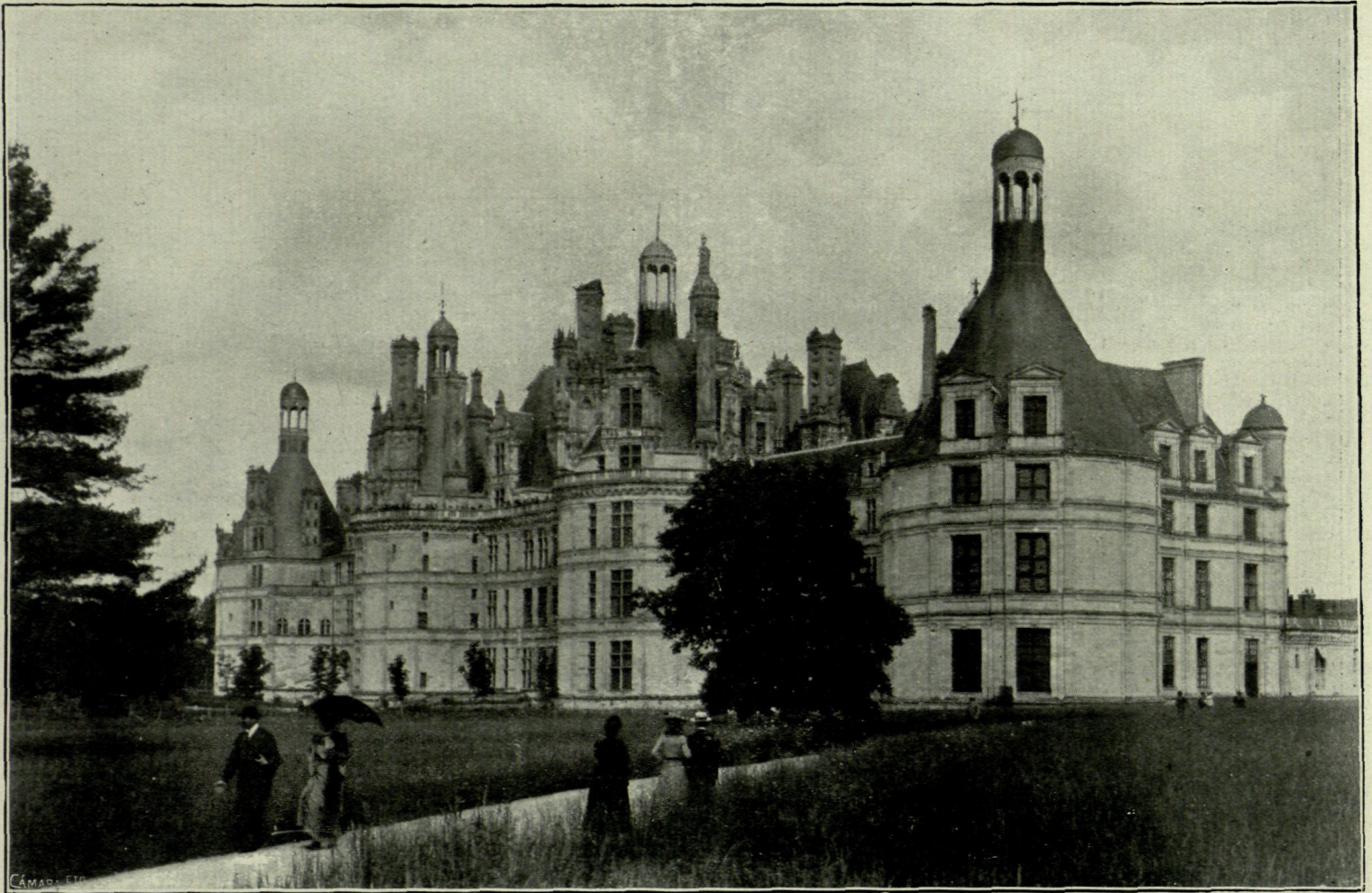
El río blando, cadencioso rueda
en el milagro de la noche de oro;
se adormece al pasar por la arboleda
y al volcarse en el mar, bulle sonoro.

Barquera, ven; ignotas suavidades
mueven la fronda y tiemblan en el agua
como caricias hechas claridades,

En el éter azul la luna brilla.
Barquera, ven: apresta tu piragua
y pásame en silencio á la otra orilla.

BARTOLOZZI

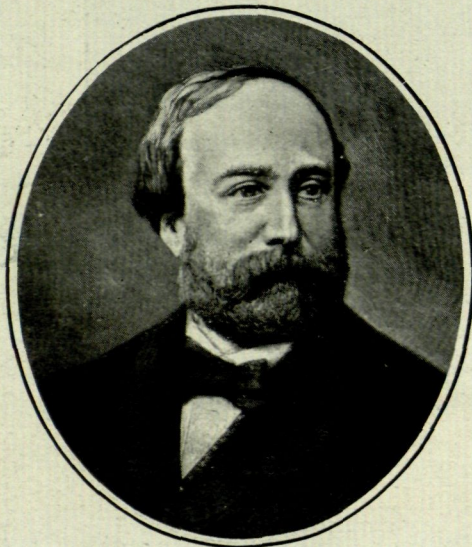
UN PALACIO REAL EMBARGADO
EL BORBÓN QUE REINÓ DIEZ HORAS



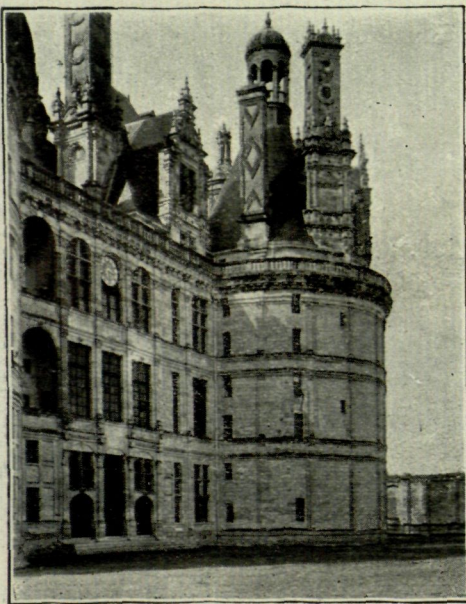
Vista de una de las fachadas del castillo de Chambord

La comisión ó tribunal ó junta que en París investiga y embarga los bienes y fincas de los alemanes y los austriacos, ejerciendo con ello una nueva especie de corso terrestre, se apoderó hace pocos días del castillo de Chambord. Para muchos franceses fué una verdadera sorpresa saber que la antigua mansión real pertenece en la actualidad á un austriaco, y

palacio de Chambord es de lo más hermoso que produjo el Renacimiento francés. Es severo y grandioso. Se alza en medio de un parque espléndido, cuyo muro de cerca mide más de seis leguas. Tiene 440 habitaciones. Las que ocupó desde el principio Francisco I, situadas en uno de los pabellones extremos, se amueblaron y adornaron ricamente, con exquisitas obras de



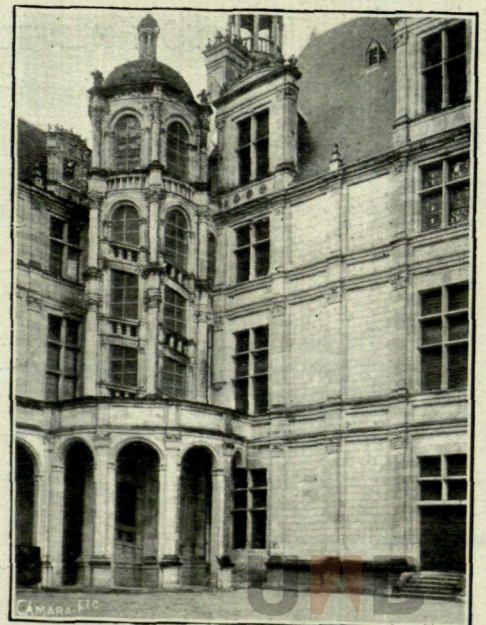
EL CONDE DE CHAMBORD



Exterior del pabellón de Francisco I

para no pocos españoles será otra sorpresa enterarse de que dicho austriaco es, en realidad, un español, y de los más señalados y encumbrados, aunque todo esto parezca absurdo.

El castillo de Chambord ha sido, en efecto, palacio real y figuró hasta que á Napoleón se le ocurrió regalarlo, entre los bienes del Patrimonio de la Corona de Francia. Lo mandó edificar Francisco I, el rey que perdió, á manos españolas, todo menos el honor, el rey que estuvo prisionero en Madrid en la torre de los Lujanes. El



Detalle del pabellón de Francisco I

arte, y así se conservaron durante varios reinados. Luis XIV gustaba mucho de retirarse á Chambord. Acompañábale lo más florido de su corte y no se interrumpían las expediciones de caza, las fiestas bucólicas, los saraos y los banquetes. En un gran salón del Palacio hay una inscripción que dice: «Aquí representó Molière, ante Luis XIV y sus cortesanos».

Napoleón Bonaparte, el mayor tijeiteador de mapas que ha conocido la Humanidad, que inventaba reinos para regalarlos, desgajó del Patrimonio Real el castillo de Chambord y lo regaló al príncipe de Wagram, quien instalóse en el pabellón de Francisco I y vivió como un rey, sin las preocupaciones del reino, hasta la caída del Imperio.

Empezó después de la Revolución de 1830, entusiasta y ardorosa, la campaña de los legitimistas. La familia real francesa no se había extinguido al caer en la guillotina las cabezas de Luis y María Antonieta, ni después de la abdicación de Carlos X y de haber renunciado su hijo el delfín Luis Antonio sus derechos á la corona. Quedaba un niño de diez años, á quien en su nacimiento póstumo se le había llamado el «niño del milagro». Para los legitimistas, su milagro estuvo en el hecho de nacer, reanudando la línea de varones interrumpida. Su padre fué el príncipe Carlos Fernando de Artois, duque de Berry, que murió asesinado por Luvel el 14 de Febrero de 1820.

No dejaba hijos, y como el delfín tampoco los tenía, parecía ya extinguida la línea primogénita de los Borbones. Pero la duquesa de Berry había quedado en cinta, y á los siete meses, el 29 de Septiembre de aquel mismo año, dió á luz al príncipe Enrique Carlos Fernando. Se le tituló al nacer duque de Burdeos.

Amenazaban ya aires revolucionarios. Los legitimistas franceses, que sostenían con grandes esfuerzos el trono de Luis XVIII, quisieron celebrar el nacimiento del «niño del milagro», con un plebiscito y acordaron comprar por suscripción pública el castillo de Chambord, rescatándolo de las manos de la viuda del príncipe de Wagram y reintegrándolo al Patrimonio de los Reyes legítimos de Francia. La suscripción dió un espléndido resultado. «El niño del milagro», cuyo nacimiento habían cantado Víctor Hugo y Lamartine, y para quien Chateaubriand había facilitado agua del Jordán, continuaba siendo una esperanza para los monárquicos franceses,

que creían se afirmaría en sus sienes y en las de sus herederos la corona de Francia.

Pero la realidad fué ingrata. Tras los seis años del reinado de Carlos X llegó la Revolución de 1830. Abdica el Rey en su hijo el delfín Luis Antonio, quien renuncia sus derechos á la Corona en favor del duque de Burdeos y conde de Chambord. Era el 2 de Agosto. Las Cámaras están reunidas y van aceptando estas decisiones del Monarca caído. Nadie discute en ellas el derecho legítimo del conde de Chambord, pero su escasa edad hace temer nuevas perturbaciones. Precisamente lo que Francia necesita es un rey que tenga carácter, que imponga su voluntad, que se haga respetar y temer, y ante el conde de Chambord, niño de diez años, surge la figura de Luis Felipe de Orleans, de la rama segundona de los Borbones. Es teniente general del ejército francés; tiene cincuenta y seis años. Carlos X y el duque de Angulema, viendo el peligro, proclamaron rey de Francia al conde de Chambord en las primeras horas del 7 de Agosto y piden á las Cámaras que sancionen y acaten al nuevo Monarca.

Al atardecer, las Cámaras votan y proclaman Rey á Luis Felipe de Orleans. El conde de Chambord ha reinado un día, menos aún, diez horas. Nueve días después sale de Francia con los suyos. El castillo de Chambord queda abandonado y silencioso. Unos guardas y criados lo custodian y lo asean, y las caravanas de turistas lo invaden de vez en cuando para curiosear recuerdos regios.

Desde el extranjero el «niño milagro» mantiene las esperanzas de los suyos y engaña las suyas propias. Cae en el error de todos los partidos legitimistas; abroquelándose en su derecho escarnecido, no transigen con los movimientos revolucionarios que los han despojado y quieren retrotraer la vida entera de una nación al punto inicial del conflicto. Pero los años van pasando y en medio de dificultades y alteraciones Luis Felipe va envejeciendo en el trono. Su reinado dura diez y ocho años. Al cabo de ellos la rama segundona de los Borbones, recibe por castigo, una repulsa igual á la que ella había contribuido á infligir á la rama primogénita. Luis Felipe, á los 75 años, renuncia la corona en favor de su nieto el conde de París, que tenía á la sazón diez años; la misma edad que el conde de Chambord cuando en 1820 recibió la corona de Carlos X. En vano se intentó arrancar á las Cámaras la sanción y acatamiento del

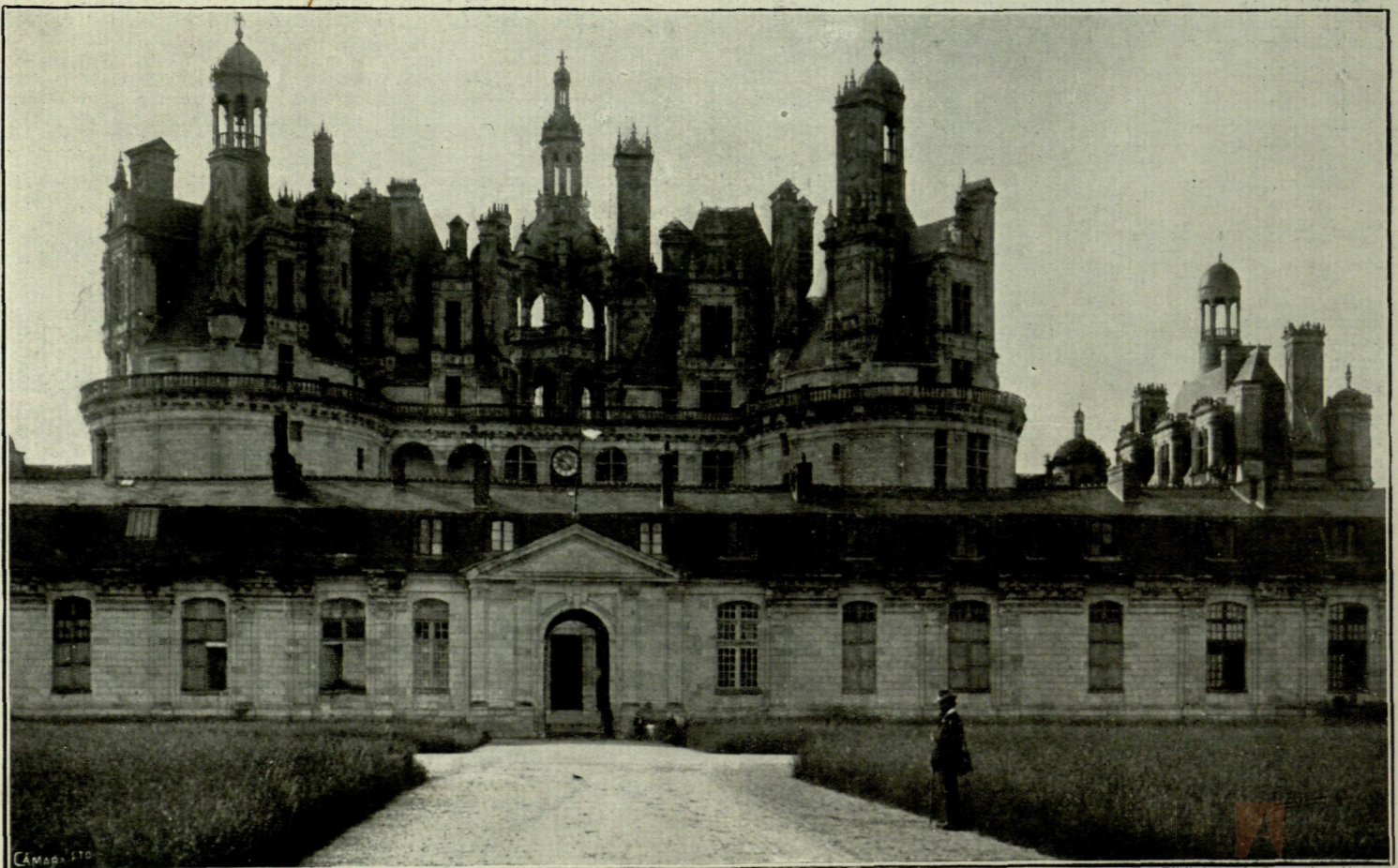
nuevo Rey. Las Cámaras votaron la República y la rama Orleans marchó á la expatriación, como habían marchado antes sus amados primos los auténticos Borbones.

Entre tanto, el conde de Chambord había hecho un buen casamiento, en que el amor y el interés habían coincidido, con María Teresa de Austria-Este, tres años mayor que él, hija primogénita de Francisco IV, duque de Módena y hermana de María Beatriz, quien á los pocos meses después había de casar con el infante de España D. Juan Carlos María de Borbón. Era María Teresa mujer de carácter, de tercas convicciones y, además, llevó al matrimonio una cuantiosa dote de millones. Entre otros bienes aportó el castillo de Frohsdorf, en Austria, hoy propiedad de nuestro D. Jaime.

Estos enlaces unieron los destinos de las dos ramas de los Borbones: la de Francia y la de España, que estaban destronadas. El conde de Chambord pudo ser rey de Francia, y hubiese reinado con el nombre de Enrique V algo más de las diez horas anteriores, pero parapetado tras su estandarte blanco matizado de flores de lis, se negó á aceptar como hechos consumados cuanto fué obra de Luis Felipe, de la Segunda República y de Napoleón. Hubo una época en que se le deseaba, se le llamaba, Mac-Mahón, presidente de la República, y el duque de Broglie, presidente del Consejo, le dejaban conspirar, alentaban á sus partidarios... Pero el conde de Chambord, sin desistir, sin negarse, no quiso ser Enrique V.

Al morir, en 1883, legó sus derechos á nuestro D. Carlos, único sucesor que había por línea masculina no interrumpida de Enrique IV de Francia y de Felipe V de España, y que, por lo tanto, debería reunir ambas coronas sobre su frente. Sus bienes heredólos el infante D. Juan, como esposo de doña María Beatriz y de éstos el infante D. Alfonso. Y ahora, Francia, á pretexto de que los duques de Módena, expatriados también, son príncipes de Austria, y no sabemos si el infante D. Alfonso ha abandonado su condición de español para tomar la nacionalidad austriaca, embarga el castillo de Chambord con su admirable parque y sus numerosas obras de arte. «Ya Molière no volverá á representar sus farsas ante un rey galante y una turba de cortesanos alegres...» *Sic transit...*

MÍNIMO ESPAÑOL



Fachada principal del castillo de Chambord

Biblioteca de Comunicacion
i Hemeroteca General

Fantasías de Primavera



La Pradera de San Isidro

No se me ocultan, amigo mío, los muy legítimos deseos que quieren traerte a la Corte en este mes florido de los gratos ortos y los lentos ocasos. Pero me pides consejo de la mejor fecha para el viaje y ya aquí empiezo a dudar y a inquietarme.



Y no por el lógico temor de verte entrar por las puertas de mi casa, seguido de tu mujer, los cuatro hijos, tu cuñada y el sobrino que cantará misa para Septiembre de 1916 y antes quiere divertirse un poco...

No; no es por eso. Para ello soy madrileño y el buen madrileño ha de tener estos días abierta su casa a parientes y amigos más ó menos lejanos

a quienes atrae la voz de sirena de las Compañías de Ferrocarriles.

Es que si piensas en algo más que entorpecerme mis horas, inquietar mis días y vaciar mis bolsillos, vas á sufrir un desencanto.

No te dejes engañar por falaces promesas de feria en el Retiro, cabalgatas, iluminaciones y otros festejos populares con que el Ayuntamiento pretende desorientar este año para que no pensemos en los horrores secretos y públicos que allá dentro se cometen.

A varios Mayos pretéritos quisieron también colgarles estas flores de trapo de los edílicos regocijos, sin tener en cuenta que al Mayo madrileño le basta con sus lilas de la Casa de Campo, sus perfumadas mañanitas del Retiro y el gentil taconeo de las mocitas pícaras ó sentimentales que cambian ahora los peludos mantones por esos negros, airosos, de crispón cuyos flecos han prologado tantos amoríos, enredándose en el botón de una manga masculina...



Este año han retrasado también la fiesta que llaman de la flor para que viérais mantillas por la calle como en Semana Santa y para que las mocitas de hogaño os cobren el derecho de atravesar las calles, ni más ni menos que los hampones de antaño vendían á los «isidros» de entonces, tarjetas de libre circulación para pasear por las aceras de sombra y dar la vuelta á la Puerta del Sol ó para beber sin grave obstáculo de guardias, en las fuentes públicas...

No sé si habrás leído á Fernández de los Rios, á Mesonero Romanos y á cuantos después de ellos se dedican á fusilarles á mansalva, porque

no hay nada tan socorrido para las colaboraciones en los periódicos hoy día que acudir á estos jugosos historiadores del Madrid antiguo y escribir y cobrar artículos en que hasta las reglas tipográficas debieran ruborizarse.

Por si acaso, te diré que la actual Pradera de San Isidro dista mucho de ser aquel ameno y delicioso lugar donde el año 1528 se erigiera, por mandato de la cesarina Isabel, esposa de Carlos V. en memoria de la fuente milagrosa que hizo brotar á golpes de ahijada San Isidro, Labrador para apagar la sed de su amo Ivan de Vargas.

Ni mucho menos son estos los tiempos en que allí había osos como el que acometiera á Isabel la Católica, según la tradición, y que Isabel la Católica, mujer capaz de tales heroicidades como aquella de no cambiar de camisa mientras duró el sitio de Granada, mató de un rejonazo.

Ni esta ermita de ahora es aquella, pues la de ahora la reedificó casi por completo el marqués de Valero en 1721, ni creo que la milagrosa agua que aún sigue fluyendo, sane de calenturas al que lleno de fe,

el labio al raudal se inclina y bebe de su dulzura,



como sanó el príncipe D. Felipe.

Acaso tampoco podamos llamar pradera á la calva loma de orillas del Manzanares, donde tampoco podrían celebrarse fiestas como aquella que con lamemoria puesta en Venecia, celebróse el año 1657 en doradas barcas para los Reyes y su cortejo y con gran alegría de músicas para regocijo de todos...

Pero te quedan los cementerios, las calenturas que puede causarte el río y no curarte la milagrosa fuente, los precios extraordinarios de las desvenejadas manue-las, las rosquillas, los botijos, los pitos, los vasitos de aguardiente, los tíos vivos, los columpios, los churros, las barracas de fenómenos, el esca-beche, el portazgo del pontón de madera, las proposiciones de negocios fabulosos hechas por mozos de tufos en la sién y saliva en el colmillo...

¡Ah! Y las mujeres. No importa que sean inaccesibles para tí. No importa que las veas pasar envueltas en los pañolones filipinos, ó que se te burlen con tíos castizos y palabras «fetén»; no importa que si te propasas algo acudiendo á la elocuencia de las manos por que te falte la natural de la boca, te sacudán una bofetada como



para quitarte la posibilidad de un dolor de muelas en lo que te resta de vida.

Sólo por ellas podrías ir á Madrid, como sólo por ellas, por verlas tan graciosas é inimitables, acudimos á la romería de la Cara de Dios y después de ésta de San Isidro iremos á las verbe-



nas de San Antonio y de San Juan y de San Pedro y de San Cayetano, San Lorenzo y la archicastiza de la Virgen de la Paloma.

A la sombra de sus brillantes pupilas y en torno de su alegría y como consonantes para la vernal frescura de su juventud, los regocijos populares adquieren para nosotros un encanto siempre remozado y como recién salido del alma.

Todo es viejo y polvoriento y cansado y duro de mascar y abrasador de beber, sin embargo, en torno suyo. Vistas á la cruda luz del sol aparecen lamentables las lonas de tenderetes y de tíos vivos; no tienen nada de apetitosas las rosquillas ó los torraos, almendras garrapiñadas y tortas capaces de agujerear, más pronto que una pizdra, los panzudos botijos.

Hasta las mismas manzanas y naranjas, incluso los churros que vimos caer blancos y cambiarse en rubios en la ancha caldera de aceite hirviente y humeante, nos parecen usados y de segunda mano.

No importa, amigo mío. Para el buen madrileño, como para el buen Isidro, la cuestión es volver luego por los puentes de Toledo y de Segovia de bracerero con una mocita de «postín» gritando:

A San Isidro he ido y he merendao; más de cuatro quisieran lo que ha sobrao...

Pero ahora caigo ¡miserero de mí! en que pensando disuadirte de venir á la romería de San Isidro, sólo haya logrado acicatear más aun tus deseos.

En buena hora vengas y ten presente que en estas casas modernas donde hay baño, termosifón, gas, ascensor, teléfono, calefacción central, tres retretes, timbre para los carteros, portero de librea y visita trimestral del recaudador de inquilinatos, no suele haber cuartos para los forasteros... ni siquiera para los que en ellas tenemos la desgracia de vivir.



Biblioteca de Comunicación
i Hemeroteca General
Luis F. HEREDIA

LAS NOCHES TRÁGICAS EN LOS CAMPOS DE BATALLA



CAMARA-ETG

Ataque nocturno de una posición inglesa en las alturas del Aisne, y en la que al ser tomada por los alemanes, utilizaron éstos como parapeto improvisado los cadáveres de los "highlanders" caídos en el sangriento combate

(Dibujo de Felipe Dadd, publicado en *The Sphere*, de Londres)

LA VIGILANCIA DE LOS MARES



EL PEÑÓN Y EL PUERTO DE GIBRALTAR, POR LA NOCHE, DURANTE LA GUERRA

NUESTRAS VISITAS

MANUEL LINARES RIVAS

El insigne dramaturgo no se había dado cuenta de nuestra presencia en su despacho y continuaba muy enojado en el diálogo de una nueva obra. Antes de escribir, redondeaba la oración en alta voz... Al fin alzó los ojos, y al vernos de pie ante la mesa tuvo un momento de confusión.

—¡Señores!... No me había dado cuenta—exclamó al mismo tiempo que afablemente nos tendía su mano.

Después tomó asiento en una silla al lado nuestro y con la mano derecha puesta en el oído, en disposición de recoger nuestra conversación, y con los ojos fijos en nuestros labios para no perder ningún movimiento de ellos, nos dijo con voz casi queda:

—Tengan la bondad de hablarme alto, porque tengo la desgracia de ser sordo...

Y esto lo dijo el insigne escritor con tal amargura que nos transió de pena.

—¿Desde hace mucho tiempo?—inquirimos, alzando con potencia la voz.

—Oh, sí; nací con esta enfermedad; he tenido épocas de oír algo; pero muy poco.

—Y claro, esa torpeza del oído le amargaré á usted la vida...

—Sí, claro; me crea mil sinsabores; no me hace desgraciado del todo porque he decidido no serlo, pero sí me contraría enormemente... Aunque algunas de las cosas que consigo oír más parecen elogio de la sordera que pésame por tal defecto...

Hizo un silencio; después, más triste y menos irónico, prosiguió en tono pesimista:

—Esto ha entorpecido mi vida, la ha cambiado por completo... Me ha hecho tirar por la ventana un bufete, una carrera y no sé cuántas cosas más.

—¿Es usted abogado?

—Sí, señor; ¿pero quién puede ejercer la carre-

ra de esta forma, mi amigo? Yo me obstiné en ello, y la triste realidad me ha convencido que para rodar lo primero que se necesitan son ruedas. Cuando voy al teatro, son dos comedias las que veo: una la que es y otra la que yo voy construyendo ó forjándome con los personajes y las escenas que voy viendo... Salvo en algunas ocasiones, que los autores tienen conmigo la preferencia de darme un ejemplar para seguir el curso de la obra.

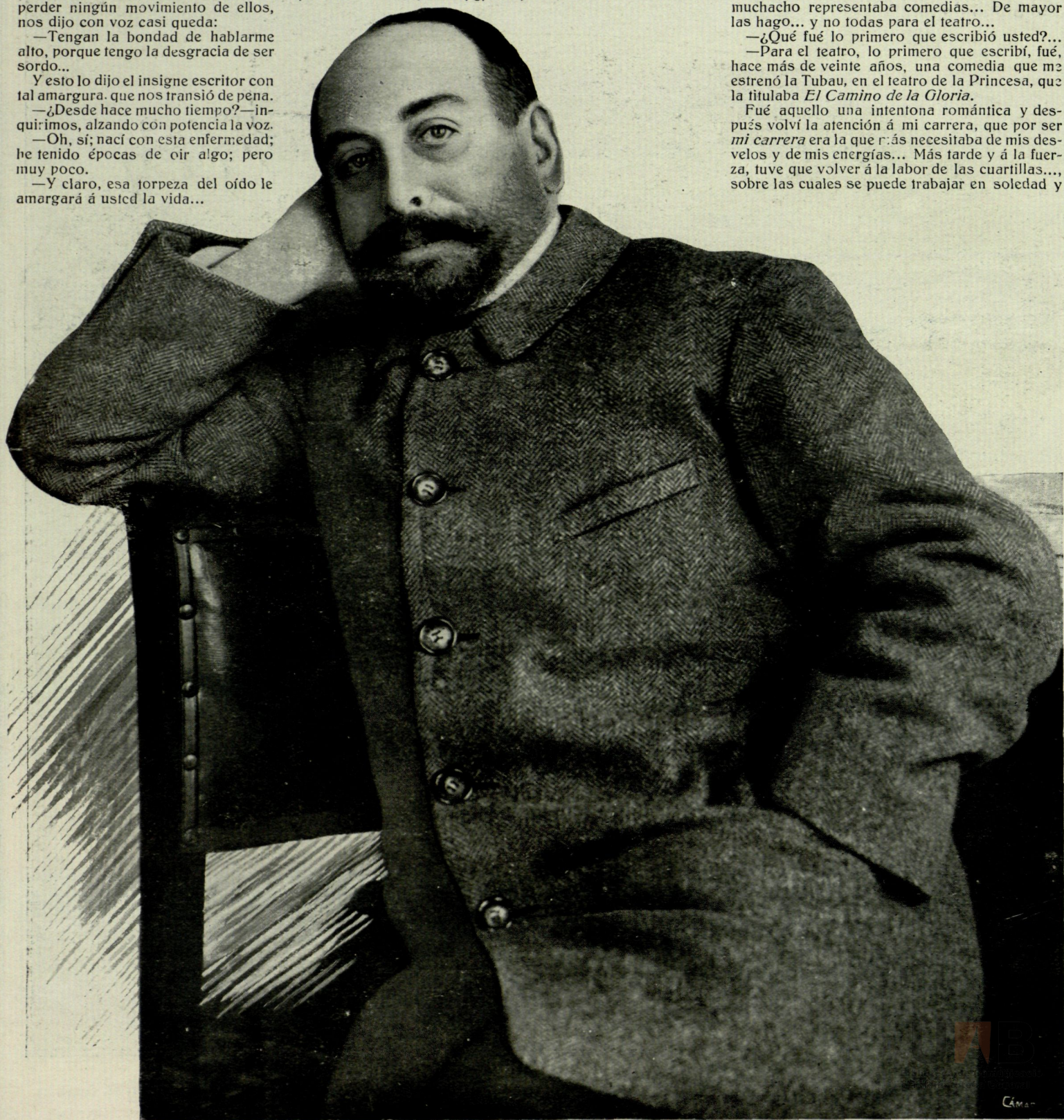
—¿Cómo nacieron en usted las aficiones literarias?...

—No son precisamente literarias, son teatrales... No recuerdo. Toda la vida tuve afición. De muchacho representaba comedias... De mayor las hago... y no todas para el teatro...

—¿Qué fué lo primero que escribió usted?...

—Para el teatro, lo primero que escribí, fué, hace más de veinte años, una comedia que me estrenó la Tubau, en el teatro de la Princesa, que la titulaba *El Camino de la Gloria*.

Fué aquello una intentona romántica y después volví la atención á mi carrera, que por ser *mi carrera* era la que más necesitaba de mis desvelos y de mis energías... Más tarde y á la fuerza, tuve que volver á la labor de las cuartillas..., sobre las cuales se puede trabajar en soledad y



CAM...

en silencio y á ratos sirven también para enjugar nuestra amargura. Había tenido un fracaso en la política y otro en la abogacía por mi falta de oído y no quise seguir por tales derroteros.

—Lo que no comprendo, D. Manuel—alegamos nosotros—, es, cómo sin haber vivido la vida tan intensamente como el que la siente y la oye bien, sin que se le escape á usted una palpitación de ella, puede usted escribir obras tan llenas de realidad como son las suyas. Esos diálogos tan admirables que no hay quien los haga igual.

—Eso dicen muchos... Yo, para descargo de mis aptitudes, lo único que puedo alegar es que me parece que así es la vida... Desde muy joven he tenido mucha libertad y bastante dinero; de esta forma he alternado con toda clase de gentes y he sido de todo. Sí, sí; yo he toreado en corridas cuyas revistas fueron hechas por *Sentimientos* y *Sobaquillo*... No creo que haya muchos ejemplos de individuos que hayan sido juez de Madrid y torero al mismo tiempo.

—¿Y cómo eso?...

—Pues nada, que cuando toreaba era juez... Esto no tiene nada de particular; pues ni con el

humana y más hermosa del teatro contemporáneo, ¿hacia mucho tiempo que la tenía usted escrita?

—Sí, señor... Pero no me atrevía á darla.

—¿Qué se propuso usted al escribir esta obra?...

—Llamar la atención de la Iglesia y del Estado sobre los infinitos casos en que resulta cruel su abandono y su indiferencia... No pretendí teorizar, ni mucho menos dogmatizar, sino sencillamente exponer. Y me considero muy dichoso con haberlo conseguido; sé que mi labor no es más que un grano de arena...; pero es y me basta para estar bien pagado.

—Y díganos, D. Manuel—preguntamos ya interesados—. ¿Es cierto, según se ha dicho, que en *La Garra* pensaba usted resolver el problema de otra forma y que por cierto temor al abono de la Princesa?...

—No...; esas son fantasías. *La Garra* nunca tuvo más forma que la actual. Si los marqueses de Montrove se decidieran á libertarse de los consejos de los que les rodean, la *garra* dejaría de ser *garra*. Además, si el conflicto lo resolviera yo, en cualquier sentido que fuere, sería parcial,

—¿Y cómo siendo usted conservador de abo- lengo escribe usted obras tan francamente liberales como *La Garra*?

—¡Ah! ¡Caramba!... ¿Y es que en las demás obras más no advertían ustedes lo mismo que han dado en llamar paradoja con mis principios políticos y que yo lo creo de una perfecta armonía?...

—¿Cuántas obras teatrales tiene usted escritas?

—Unas cuarenta.

—¿Y cuál de ellas es la que más le gusta?...

Para pensar mejor la respuesta, repitió lentamente nuestra pregunta. Y replicó:

—Mire usted. Estoy satisfecho de todas mis obras, aunque de todas tengo la seguridad de que podrían mejorar muchísimo; pero no es razón que haya premios mayores, para no estar contento con los pequeños... y con las participaciones... Véase *La Viuda Alegre*, de Lehar, de otros y mía.

—¿Cuál es el éxito mayor que ha tenido usted?... ¿*La Garra*?

—Quizá. En ninguna me alabaron tanto ni me insultaron tanto, y ninguna sirve tanto á mi fa-



Linares Rivas, en su gabinete de trabajo, acompañado de su hijo

FOTS. CAMPÚA

traje corto de torero despachaba el juzgado ni con la toga y el birrete iba á la plaza á *despachar* á los toros, que era lo que hubiese tenido algo de particular...

Encendimos un cigarro. Llegó el hijo mayor de Linares. Un muchachito de diez y siete años, tan correcto en la expresión como en el vestir.

—¿Cuántos años tiene usted, D. Manuel?

Linares, después de hacer un gesto muy cómico de terror, repuso:

—Tengo cuarenta y ocho. *Puede usted decir que bien llevados*... Me servirá para provincias el reclamo...

Reímos, y después...

—¿Es usted gallego?...

—Sí, señor; no crean ustedes que lo digo por darme tono...

—¿Nacido en?...

—Campanela... No se lo digan á nadie.

—¡Hombrel!, en el lugar donde se desarrolla *La Garra*...

—Sí, en efecto. Escogí ese ambiente para mi obra como podía haber escogido Toledo, León ú otra población religiosa y austera; porque claro, en San Sebastián ó en Barcelona ó en la Puerta del Sol, no hubiese podido ocurrir lo que allí ocurre.

—A propósito, ya que hablamos de *La Garra*, que dicho sea de paso, es la obra teatral más

y no he querido serlo. Mi labor no ha sido más que de exposición. La de un caminante por la senda de la Vida que se detiene y grita: «¡Eh, Iglesia, Estado! Fijaos en esto y ya es hora de que lo evitéis! Como este caso hay muchos.»

—¿Por qué retiró usted *La Garra* de la Princesa?...

—La retiré por figurarme que perjudicaba los intereses de sus propietarios los excelentísimos señores marqueses de Fontanar y de Balazote.

—Pues qué, ¿la obra no estaba dando dinero?

—Sí, señor... Pero era un dinero que no se cogía con gusto... ¡No satisfacía!...

—Se dijo después que iba á estrenarse en el Español. ¿Es cierto?...

—Que se iba á estrenar no sé... Que en cuanto la retiré de la Princesa, me la pidieron con gran urgencia para ponerla en seguida en el Español, sí... es cierto... La obra fué acogida efusivamente por los empresarios; después, por razones que conoce indudablemente el Sr. Oliver, pasó mes y medio y no se estrenó. Yo ignoro hasta ahora los motivos: ni al Sr. Oliver le corrió prisa el notificármelos... ni á mí el preguntárselos. Confío, sin embargo, en que algún día los sabré.

—Y entonces, ¿la dió usted á Eslava?...

—Sí; en vista de que el Español me hacía el flaco servicio de tenérmela allí olvidada, la dí á Eslava y estoy satisfechísimo.

milia para echarme piropos cuando están á buenas, ni para sacar el ejemplo de mi torpeza cuando están á malas. Pero estoy satisfecho... Sí.

—¿Le produce á usted mucho el teatro?

—Infinitamente más de lo que nunca pude ambicionar por ese camino.

—¿Escribe usted con facilidad?

—Sí, señor; con demasiada facilidad; y eso perjudica mucho al interés de las obras, pues van poco meditadas... Verdad que las que medito salen después escandalizadas... y escandalizando. Ahora preparo *Los Olvidados*, dos actos, para Lara, y *Fantasmas*, tres actos, para Eslava.

—Una pregunta difícil: ¿Cuál literato español contemporáneo le gusta á usted más?

—¡Caracoles!... —clamó— ¿Sí?; pues á una pregunta difícil, una contestación fácil: Todos los literatos españoles me gustan mucho, sobre todo cuando les entiendo...

—Y de actores, ¿cuál le gusta más?

—Todos los actores me parecen bien; aunque no todos es en el teatro donde me parecen bien... Detúvose un momento; después continuó:

—Respecto á las actrices, todas las actrices me gustan, y... muchas que no son actrices, digan lo que quieran los carretes...

General

AQUELLA MUJER...

AQUELLA mujer daba siempre la impresión de ir desnuda, aunque en realidad no mostraba descubiertos sino el rostro, el cuello y los brazos. Al mismo tiempo aquella mujer podía simbolizar la virginidad.

Conocimos á la maravillosa criatura una tarde de otoño, y en París. Un diplomático granadino que tenía su puesto al lado de nuestro embajador, pero que semejaba á los antiguos enviados moros, me presentó á Mary, de la cual hallábase enamorado el andaluz.

Mary tenía veinte años y era sonrosada y lustrosa como el hielo al reflejar las luces del alba. Verdes las pupilas, los cabellos dorados y los labios y la dentadura tan frescos que evocaban los rosales acabados de regar. Perpetuaba el equilibrio de la estatuaria humana y armónica; quiere decirse que su cuerpo estaba proporcionado á la manera y según el gusto clásico. Las manos y los pies se alongaban y hacían comprender el absurdo de las deliciosas miniaturas españolas y japonesas. Casi no hablaba y no acompañaban los ojos impasibles las sonrisas de la boca en flor. Permanecía en reposo, y ordenábasele la frente suave, la nariz con su helénica rectitud, la barba como una medalla de plata. Inspiraba el anhelo de verla caminar con su paso que se adivinaba lento y seguro en su fluidez.

Las vidrieras se empañaron con la humedad de las irisadas neblinas del río; nos encontrábamos en el *hall* de un hotel, ya ensombrecido, hasta que un criado encendió las lámparas. Diversas tertulias que se envolvían en el humo del tabaco. Tibieza en el aire, reflejos de cristal, la blandura de la alfombra y la fragilidad del mobiliario demasiado moderno. Llegaba el eco de las bocinas de los automóviles y el murmullo de un ascensor.

Mary llevaba una túnica blanca que se ceñía en la cintura, y arrolló á su busto una seda escarlata, y el manto caía en pliegues sobre las rodillas. Una pierna mostrábase con su estirada media y con su zapato, nítidos y simples como la túnica. En el ambiente fatigado y obscurecido, la carne marmórea, el casco de oro, las dos esmeraldas y la pompa de la tela imperial, irradiaban unos crudos resplandores. Era como si mirásemos las montañas nevadas y el cielo azul.

Al lado de Mary se ennegrecía aún más el granadino con su cara verdosa y las retintas crenchas con pomada. Se afeminaba un poco con su camafeo en la corbata y sus botinas de caña gris. El árabe intentaba embriagar á Mary, y la acosó y buscaba el modo de ahogarla en sus imaginativos sensualismos.

—¿No le agradaría á usted, Mary, una vida de sol?

—¿Qué es una vida de sol?

—Nos iríamos á Granada...

Se detuvo involuntariamente el apasionado. Con una augusta serenidad, Mary acababa de sacar un brazo desnudo, y su belleza mataba las voluntades. Brilló con una tal claridad, que parecía que Mary rasgaba su vestidura



y enseñábanos su entera belleza. La mirada del andaluz, verde también, se enfoscó y la salpicaron unas efímeras fosforescencias. Las pupilas de Mary poseían el candor inexpresivo y que encanta de dos minúsculas hojas primaverales.

—Nos iríamos á Granada—continuó mi amigo—, y allí...

Apareció en el *hall* el padre de Mary. Fui presentado al ilustre marino norteamericano, al gran explorador. El almirante ya frisaba en los cincuenta años y algunas manchas argenteadas destacaban en su peluca rojiza. Alto, huesudo, firme, con azafrañadas vellosidades en las garras. La misma inocencia de su hija en la mirada; pero entre unas cejas ásperas y un tremendo mostacho. Chocaba la inverosímil brevedad de sus pies. He sabido luego que se le helaron durante una de sus expediciones y hubo que cortar los dedos. Acarició la cabellera de Mary y quiso sonreírnos á nosotros. Parlaba con brusquedad y cortesía á un tiempo, como los diálogos por teléfono. Hombre enrojecido, acordobanado, ávido y casi mudo, gracias á las llanuras de hielo y al mar.

Nuestro compatriota dijo al honorable yanqui:

—La princesita Mary desdeña un viaje á Granada.

—¿Qué es una vida de sol?—tornó á interrogar la muchacha.

—¡Bah!—añadió á su vez el almirante—. Mary no desea más que volver á su país.

—¿Tan pronto? ¿No vienen ustedes de los Estados Unidos?

—Sí.

—Entonces...

De improviso se animó la doncella, y con un no sospechado acento grave y sonoro, que se imponía como la visión del brazo, exclamó:

—Yo he nacido en Groenlandia.

El almirante afirmó con unas pocas palabras:

—Fue en mi primer intento de alcanzar el Polo; me acompañaba mi mujer y nos llegó la pequeña Mary, en medio de los osos y los esquimales... ¿Eh? ¿Mary es única en el mundo!

Verdad. Se acrecentó la figura de Mary al investirla el privilegio de la peregrina y absoluta excepción. Una americana había de ser quien batiese el *record* de los nacimientos fantásticos. Desvanecida la sorpresa, ya nos explicamos el misterio adorable de su desnuda virginidad. Mujer sin máscara y no mancillada, como los inmensos bloques de los témpanos.

Las refulgencias supraterráneas de aquellas regiones espejantes, su ensimismada soledad, como una meditación en las cercanías del mayor secreto que le quedaba al globo, el espectáculo de infinitud, encarnaron en Mary. Y era blanca Mary como todo es blanco allá, desde las liebres á los osos y desde las estepas al firmamento. Cuentan que por la primavera surgen unos verdores en el yermo helado. Así las pupilas de la groenlandesa que ignoraba lo que significa esta frase: ¡Una vida de sol!...

Atrevíme á insinuar una pregunta:

—¿Recuerda usted cosas de su infancia?

—Me llevaron muy chiquita á los Estados Unidos.

Intervino el diplomático:

—¿Querías saber si juegan al corro y cantan el *Mambrú* los niños esquimales?

¿Por qué me irritó el donaire de mi camarada y por qué se rió mi camarada con una notoria agresividad? Acaso el árabe soñaba como nunca en conducir á Mary donde florecen los rosales del Generalife, y tal vez yo principiaba á soñar en seguir á Mary hasta la choza suya en Groenlandia; más aún, al mismo Polo, que es decir al fin del mundo.

DIBUJOS DE MARÍN

FEDERICO GARCIA SANCHIZ

IRA-TA-PLÁN!...

(POEMA VULGAR)

Lo que voy á contaros no es un cuento;
es la historia de Amor y sentimiento
de una moza sencilla,
dulce y apasionada...
Una historia que oí, en una posada,
por tierras de Castilla.

Era uno de esos días venturosos
en que el Sol, con alardes prodigiosos
de luz, por el espacio se recrea...
Era un hermoso día,
un domingo con sol que, en una aldea,
quiere decir... ¡holganza y alegría!
Las mozas y los mozos retozaban,
reían y bailaban,
como siempre, «á lo suelto»... Era pecado
—según decía el cura— «á lo agarrado».

En esto, por la Sierra,
apareció de pronto un regimiento
que, para el militar entrenamiento,
se ensayaba en las artes de la Guerra.
Se interrumpió un momento
la diversión. Saltando de contento
Juana, moza sin novio, así decía:
—¡Soldados en el pueblo!... ¿A qué vendrán?
Y el tambor, parecía
contestar con marcial galantería:
—¡Ra-ta-plán!... ¡Ra-ta-plán!

No hay para qué decir que los soldados,
aquí y allá alojados
durante las maniobras militares,
por aquellos lugares
fueron, más que tenidos, festejados.
Y ya en pie de batalla el regimiento,
por honor de su nombre y sus banderas,
se lanzó á conquistar con ardimiento
corazones de mozas y trincheras.

Un tambor de la banda, un guapo mozo,
miró á Juana y la dijo cuatro flores
que ella supo escuchar con mil rubores,
pero llena de gozo,
cosa muy natural viendo á su lado
al Amor, con un traje de soldado.
¡Qué satisfecha Juana
presumía de novio tan ufana!
Del pecho, el corazón se le saltó
con incesante afán,
cada vez que se oía
redoblar el tambor, que repetía:
—¡Ra-ta-plán!... ¡Ra-ta-plán!

Amor... nunca parece demasiado;
mas, tan lejos llegó el amor de Juana
por su galán soldado,
que—devota cristiana—
tuvo que ir á la iglesia una mañana
já confesar al cura un gran pecado!
Justamente, en la tarde de aquel día,
la aldea abandonaba el regimiento;
ninguna de las mozas lo creía...

¡Era una crueldad que deshacía
cien castillos de amor en un momento!
Y aquella inesperada desventura,
causó tal emoción en la aldeana,
fué tanto su dolor, tal la amargura
de aquel sueño feliz desvanecido...
¡que perdió la razón la pobre Juana!
Llorando, al mismo tiempo que reía,
con voz que era un quejido
—¡Adiós!... ¡Adiós!...—decía—
¡Los soldados se van, madre, se van!
Y mientras, parecía
que también el tambor se despedía:
—¡Ra-ta-plán!... ¡Ra-ta-plán!

Después... como si aquel amor risueño
no se hubiera extinguido fatalmente
cuando apenas nació, con gran empeño,
en vez de huir detrás de aquel soldado,
en el alma sin luz de la demente
buscó un asilo y se quedó encerrado.

Y así, la pobre loca, sonriente,
acariciando un solo pensamiento,
sin saber que anhelaba un desatino
salía por las tardes al camino
por donde vió marchar al regimiento.
Por allí imaginó que volvería
mas, como ella miraba y no veía
llegar á los soldados, preguntaba:
—¿Dónde están, madre mía, dónde están?...
Y el eco de la Sierra que escuchaba,
por darle algún consuelo, contestaba:
—¡Ra-ta-plán!... ¡Ra-ta-plán!...

ENRIQUE LÓPEZ-MARÍN



YZQUIERDO
DVRAN
Biblioteca de Comunicació
i Memeroteca General

DE LA HISTORIA DE VALENCIA
EL SALÓN DE ACTOS DE LA DIPUTACIÓN DEL REINO

La entrada del Renacimiento italiano en España se realizó principalmente por las costas levantinas.

Los Papas valencianos Calixto III y Alejandro VI habían llegado al solio pontificio en los tiempos de más esplendor mundano de la Iglesia, cuando los artistas más geniales encontraban abiertas sus arcas, siempre repletas de riquezas, para dar realización á las más peregrinas concepciones de Belleza.

La más suntuosa construcción de esta época, obra de artistas regnicolas, es la elevada torre cuadrangular que á la derecha del antiquísimo palacio de la Diputación General del Reino, se destaca majestuosa y robusta como desafiadora del inmenso poder y riqueza de aquella corporación que obraba autónomamente, con absoluta independencia del Rey y sus ministros. Aseméjase esta torre á un atlético gigante que aprisiona entre sus brazos, ansioso de que perdure, el amplio salón de actos, ejemplar tal vez único en su clase, tanto por su merísimo y rico artesonado como por las interesantes pinturas que cubren las paredes.

Su conjunto, de una serena grandeza, causa arrobamiento de prodigio.

Son las tallas del techo, geométricas en su distribución é infinitas en los

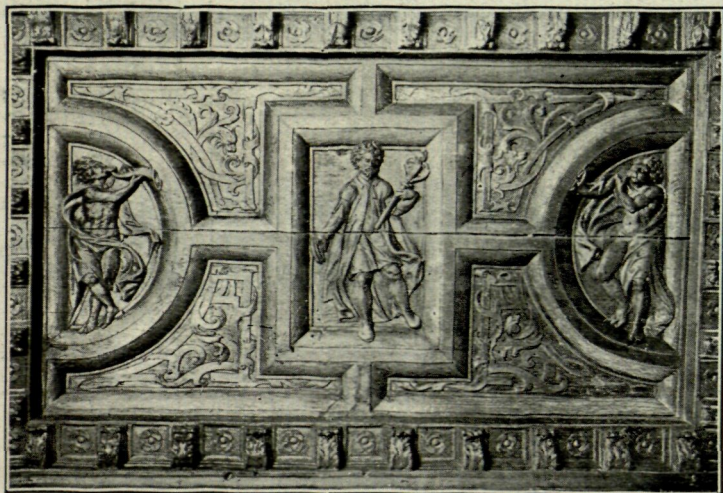


Fragmento del cuadro "El Estamento religioso", pintado por Vicente Requena

adornos de sus estalactíticos rosetones, obra primorosa del maestro Ginés Linares que habiéndolo comenzado en 1540, solo empleó en su construcción dos años, comenzando inmediatamente la complicada y rica labor de las galerías. Sorprendióle la muerte en 1545 siguiendo tan entreterida empresa su hijo Pedro Martín, que tampoco pudo ver el efecto total de aquella suntuosa obra, en la que se cumple á maravilla los principios elementales de la estética: unidad, variedad y armonía. Todos los elementos decorativos del arte plateresco con sus grifos y quimeras con hojarascas y flores, en sus variadas formas, vense allí combinados y prodigados aun en los lugares en que la luz natural apenas pueda bañarlos.

Muerto Pedro Martín Linares, siguióle Gaspar Gregori, á quien cupo la fortuna de ofrecer á los diputados, en 1566, las obras terminadas. Desaparecidos los andamios, y ya al descubierto el conjunto del espléndido tallado, contrastaban sus primores con los fríos enlucidos de las paredes; había que decorar aquellos extensos lienzos y siguióse para ello el ejemplo que imperaba en Italia, y se pintó los retratos de los diputados forales.

Manuel GONZÁLEZ MARTÍ



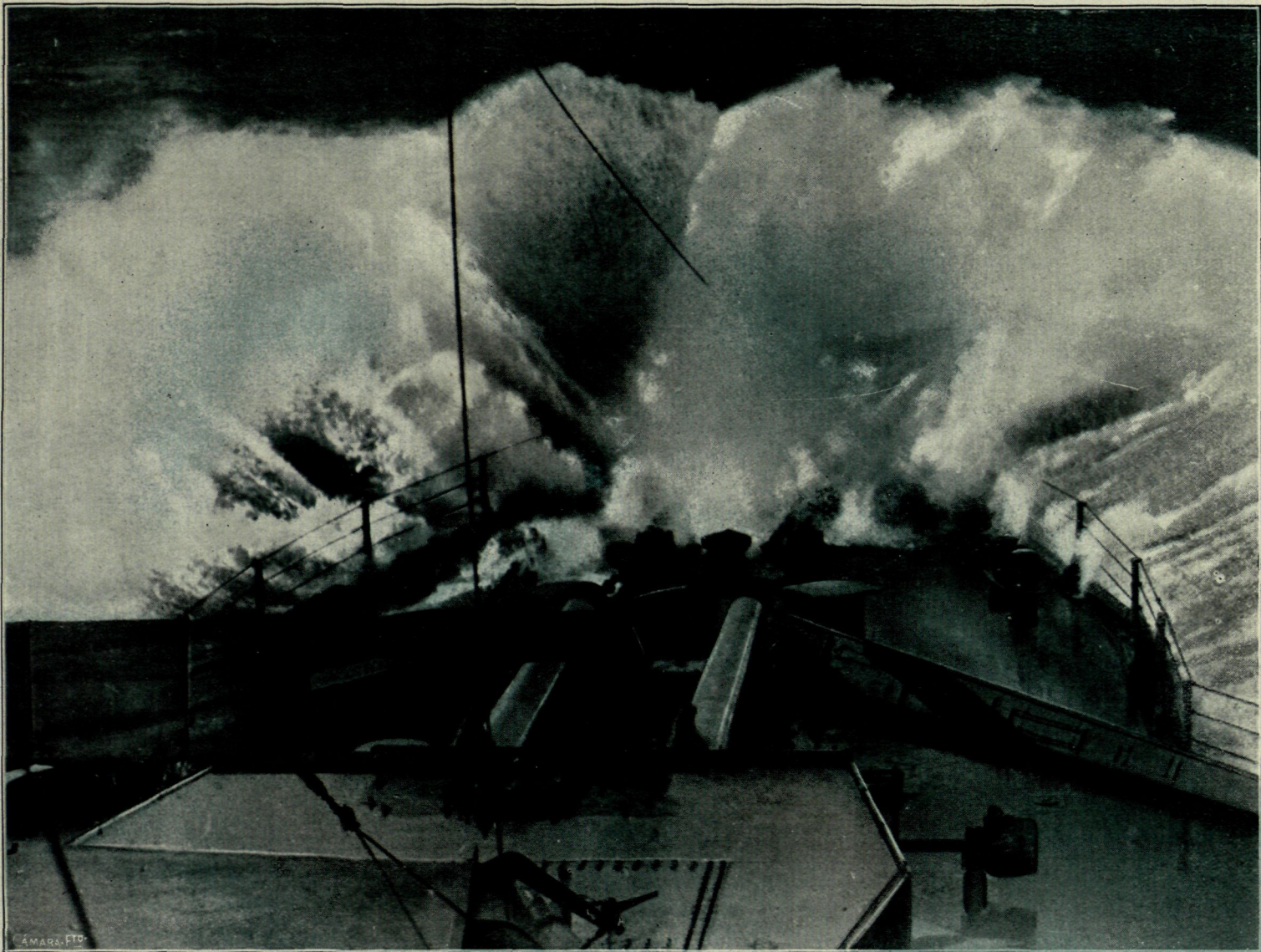
Fragmentos de los techos de las galerías



Aspecto del gran salón de actos de la Diputación General del Reino de Valencia

Biblioteca de Comunicació
ca General

LA GUERRA EN EL MAR



La bella leyenda nórdica de *El buque fantasma*, condenado por la Divina justicia á vagar sin puerto en la inmensidad de los Océanos, deslizándose eternamente sobre las olas embravecidas que barren su cubierta y arrancan del crujiente casco como pedazos de su carne, afrontando uno y otro día, sin tregua ni sosiego, el furor de los huracanes y la dolorosa flagelación de la lluvia cuajada de cristales de hielo entre el fragor del trueno y la cegadora luz del relámpago, mientras surge del abismo la perenne voz del Destino que ordena seguir, seguir siempre cara á la adversidad; esa trágica leyenda inspiradora de Ricardo Wagner en una



Un acorazado inglés durante un temporal en el mar del Norte

FOT. UNDERWOOD

de sus obras más geniales, tiene ahora realidades amargas impuestas á la humanidad por el gran crimen colectivo de la guerra. Ved si no esos gigantes acorazados británicos que en interminable cruceo surcan desde Agosto el proceloso mar del Norte, avizorando sin descanso las aguas desiertas y espumantes, corriendo interminables temporales en persecución de un enemigo invisible. Pensad en la suma de valor, de estoicismo y de abnegación que supone esa lucha de diez meses, sobrellevada con admirable tenacidad por los marinos ingleses, por silenciosa é ignorada, no inferior en méritos á la que otros hombres sostienen en las trincheras.

VESTIDOS Y SOMBREROS



sobre el nacimiento redondo y prometedor de la pierna.

De los escotes nos despedimos este verano. Toda la crudeza del invierno la hemos soportado brindando el cuello desnudo á la caricia del aire que ha encontrado libre de trabas también el principio del pecho y de la espalda. Pero en cambio la fuerza del calor habremos de soportarla con las blusas cerradas y los altos cuellos de armadura ciñendo su fatiga á nuestras gargantas. Es cierto que en los modelos vistos por mí los hay reveladores, de un gusto admirable, que no hacen pensar para nada en la forma y el estilo de la indumentaria que se va, pero no debe olvidarse que es muy difícil encontrar un traje rechazable si quien lo lleva le sabe prestar los encantos de su gracia y la inevitable sugestión de sus distinciones.

Con esa ventaja cuentan los ideadores de reformas en el vestido y por esta razón se dejan que los influencien las corrientes actuales, de las que vendremos á sentir nosotros las consecuencias que subsistirán después del actual desqui-

ciamiento, porque la guerra transformará al París alegre, encantador y femenino, travieso y quizá atrevido, más de lo conveniente, haciéndole caer en el extremo opuesto hasta llevarlo á una rigidez y unas austeridades más propias de graves señores que de la psicología nuestra en contra siempre con la severidad, que rechaza por exótica... cuando no se tienen muchos y «solitarios» años.

Todos los extremos son viciosos. Algunas veces en la superficialidad de mis crónicas he condenado aquellos excesos de la moda parisina que eran contrarios al recato y al respeto que nosotras mismas nos debemos, pero si por las nuevas tendencias caemos en el límite opuesto, vamos á convertir nuestra propia vida en un eterno día gris sin fortaleza de luz, ni contraste de sombras, más propicios á la neurastenia y á la tensión de nervios que á exteriorizar en la sonrisa que dilata la pincelada bermeja de los labios la alegría de haber nacido.

DE NORTE A SUR

El barón Reuter

El barón Reuter se ha suicidado. Sobre el rojo de su sangre y el blanco de sus cabellos ha quedado flotando una leyenda de amor. Cercano de la muerte no le consintió el dolor aguardarla cruzado de brazos y le obligó á buscar antes las aguas profundas y trágicas de la simbólica laguna.

Nada tan terrible como el fuego prendido en los viejos edificios, como el huracán sobre los árboles corpulentos, como el inesperado granizo sobre las ramas granadas en frutos demasiado maduros...

Un piadoso misterio han querido tender sobre la fatal aventura que ha removido posos románticos en el alma de un hombre del siglo xx. Y cuando las agencias periodísticas y fotográficas buscaron el retrato del suicida, no se encontró.

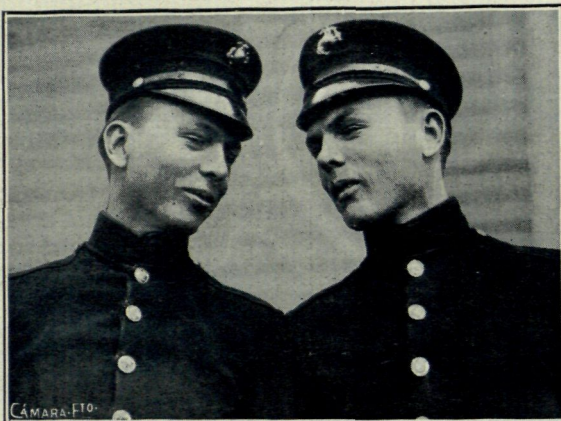
Por lo menos ninguno reciente. Ha sido preciso retroceder hasta ese grupo del barón Herbert con su padre, hecho, probablemente, en 1872, cuando estudiaba música en París.

El barón Reuter se había opuesto siempre á la publicación de su persona. Quizás no se volvió á retratar después de ese grupo en que aparece barbilampiño y con una media melena que tal vez se dejara crecer pensando en los conciertos futuros...

La misma hostilidad que siempre manifestó á las reproducciones fotográficas era norma y sistema de su vida íntima. Su alma quería ser cerrado como de perfume, arqueta sellada, y ponía tal empeño en pasar inadvertido y vivir oculto, que sugería, además de su escudo nobiliario, de la herencia, otro de elección en que una figura de mujer con antifaz se llevara un índice á los labios ante una puerta cerrada.

Y, sin embargo, el barón Reuter dirigía una de las agencias periodísticas más poderosas y mejor enteradas del mundo. Cotidianamente la agencia Reuter lanza las noticias más diversas y desentraña los secretos que parecían más impenetrables. Curiosidad é indiscreción es su lema, como debe ser el de todo buen periodista. La vida internacional es para la agencia Reuter, como para otras de mundial renombre, un libro abierto para la lectura y un talonario de cheques de banco para extender cantidades fabulosas...

Nada transcurre inadvertido para ella: coronaciones de monarcas, catástrofes financieras, dramas de guerra, trompeteos y apoteosis de gloria, las humanas audacias y los humanos crímenes. Y las aventuras de amor. No importan las fronteras, no importan las distancias; los obstáculos no existen. Y á las pocas horas de realizarse un episodio ó—lo que es más interesante—de proyectarle, ya la agencia periodística



LESLIE y HALLIE WOODCOCK
Hermanos gemelos, de extraordinario parecido, que prestan servicio en la Marina de guerra yanqui

esparce á las cinco partes del mundo por telegramas, telefonemas, radiogramas y cablegramas, la noticia. Tiene miles de manos para arrebatar los documentos fotográficos, miles de oídos para oírlo todo, miles de ojos para verlo todo, miles de bocas para contarlo todo...

¿Comprendéis ahora hasta qué punto resulta curiosa la hostilidad del barón Reuter á dejarse retratar y su deseo de quedar protegido por la sombra mientras vivía de arrojar delatadora luz sobre sus contemporáneos?

Diríase que presentía el final romántico. El conocimiento de todas las convulsiones mundiales no le había encallecido el corazón. Y gracias á ello, ahora, en vez de asomarse á las ilustraciones y periódicos de todo el mundo el retrato de un hombre viejo á quien la muerte por amor ridiculiza, surge el otro retrato del alma eternamente joven del barón Reuter, porque fué hecho en esa edad en que se conciben todas las divinas locuras de la pasión...

Los gemelos

Los hermanos gemelos Woodcock se alistaron hace ocho meses en la marina de guerra yanqui. Tienen veinte años, y es tan exacto su parecido, que nadie puede distinguir cuál es Leslie y cuál es Hallie. Cuando se alistaron impusieron la condición de servir siempre juntos en el mismo buque.

Todo en ellos es reproducción mutua y exacta el uno del otro. Ahora el uniforme militar complementa esa igualdad.

Ante ellos pensamos en los episodios verídicos é imaginativos en los que han intervenido hermanos gemelos. Desde la comedia de Plauto al cuento baturro de «¿Fuiste tú ó fué tu hermano el que se murió?», es una larga serie de cómicas, trágicas ó simplemente sentimentales complicaciones que la realidad ó la fantasía de un escritor nos han dado á conocer.

Los hermanos Woodcock no quieren separarse nunca. Es su mocedad la que habla. A sus años todo parece tener en nuestros labios una afirmación definitiva y perdurable. Los odios y los afectos nos parecen eternos; irremediables las desgracias y sin epílogo las buenas fortunas. Detrás de nosotros el tiempo se ríe burlón, esperando...

Todo es igual en los hermanos Woodcock. Pero su igualdad es la de dos páginas en blanco ó de dos lienzos blancos que esperan la mano del escultor ó del pintor...

Aunque su semejanza espiritual respondiera á la semejanza física, la vida habrá de separarles apenas surjan figuras distintas en el blanco lienzo ó negreen sobre el papel las primeras estrofas pasionales de los distintos poemas.

Pueden sacrificarse mutuamente en castigos ó en fatigosas tareas; pueden fingir cambios de personalidad en momentos que tal cosa convenga; pero fatalmente, inevitablemente, llegará un momento en que algo se interponga entre ellos. No será la única intrusa que ellos imaginan posible en su engañadora eternidad de los adverbios siempre y nunca. No serán manos esquelé-

ficas las que separen á Leslie de Hallie ó á Hallie de Leslie, sino manos juveniles, cáliditas é incitadoras al beso. No la muerte, como ellos imaginan, sino el amor como ellos no esperan, aunque lo presentan.

Y ese día uno de los dos hermanos será el que inicie la separación y el otro se apartará entristecido y melancólico, porque vió pasar en los ojos fraternales, cambiados por una mujer, la escena bíblica de los primeros tiempos de la humanidad...

La señorita labradora

Un nuevo caso de feminismo frustrado. Al menos en lo que se refiere á la liberación espiritual de la mujer, á su intervención directa en las que hasta ahora fueron profesiones que exigían la indiscutible superioridad mental de los hombres.

La señorita Gertrudis Burnett se ha educado y adquirido títulos en el Colegio Wellesley de California. Además del pájaro cantarín de su corazón, tenía el pájaro silencioso y de bellas plumas de su cerebro. Antes que dejar escapar el primero, prefirió hacerle una áurea jaula de ricas ideas al segundo.

La señorita Burnett iba camino de ser una «gloria del foro», como dicen aquí en España de los jovencitos cuyos papás tienen amigos reporteros en un periódico.

Pero la señorita Burnett cambia bruscamente el rumbo de sus aficiones. Entre el destino de la mujer supercivilizada y el destino de la mujer de Africa ó de Oceanía que labra y cultiva la tierra mientras los hombres fuman y contemplan el cielo, ha elegido el último.

La que empezó á distinguirse por su cultura y por su viva inteligencia en Malibu Hills, se ha transformado en «Gentlewoman rancher» de Santa Mónica. Ella está encantada. Hace la apología de la vida campesina con un entusiasmo inesperado. Sin embargo, ante la elocuencia de la fotografía, nos permitimos dudar de la sinceridad de ese entusiasmo.

Miss Burnett tiene apariencia de todo menos de labrador. Ved sus botitas de caña, su cinta de terciopelo en la cabeza, el niveo y ancho cuello de la blusa, las manos blancas y cuidadas. En cuanto á los pantalones de lienzo tosco, no dicen nada. Son un capricho más del pájaro loco y cantarín.

No: la señorita Burnett tampoco sirve para labradora; como sirve, seguramente, para ejercer una profesión intelectual.

Es demasiado bonita y demasiado coqueta para abandonar por completo la verdadera, la única senda que deben seguir las mujeres...

José FRANCÉS



MISS GERTRUDIS BURNETT
Que, abandonando la carrera de abogado, se dedica, en California, á las faenas agrícolas



EL BARÓN DE REUTER
Retrato del famoso director de la Agencia Reuter, hecho en unión de su padre el año 1872

CRONICAS INQUIETAS

El Sr. Espinós, un elocuente orador y propagandista de las derechas, ha dado en el Centro de la Unión de Damas, *née* cinematógrafo del Príncipe Alfonso, una interesantísima conferencia de, en, con, por, si, sobre el divorcio, y entre otras cosas, que revelaran una vez más el buen gusto y la erudición del distinguido conferenciante, les contó el cuentecito del hombre que deseaba cambiar de zapato. Y como las gentes se extrañarían de que no quisiera conservarlo siendo muy lindo, muy bien confeccionado y flamante de nuevo, el hombre aquel les replicaba: —Efectivamente es muy lindo y está muy bien hecho... ¡Pero ustedes no saben en dónde me aprieta á mí el zapato!...

Y las damas, de la Unión de Damas, aplaudieron entusiásticamente.

Lo cual demuestra que ellas saben en dónde suele apretar los zapatitos.

Y como no es cosa de que cambien de pie, les deseo que cambien pronto de zapato.

ooo

Otro cuentecito, que no tiene nada que ver con el divorcio, y que lo refiero únicamente porque parece desairado, cuando han contado un cuento, el no contar otro...

Una hermosísima señora, de escultural belleza y de encantos muy sugestivos, era célebre por su cutis nítido y transparente.

El diablo, en forma de primavera, que la sangre altera, según reconocen todos los tratadistas, fué á manchar aquel adorable cutis con un granito que le salió á la bella en un brazo, entre el codo y la muñeca del brazo izquierdo, dicho sea en mi afán de precisión y de exactitud.

Llamaron al doctor, y la ciencia, después de un escrupuloso reconocimiento, declaró que aquello no tenía importancia ninguna, debiendo desaparecer completamente en un par de días, sin más tratamiento que el de refrescarlo con unos polvitos de arroz.

Lo que sí aconsejó, como medida de precaución, es que tuviera un poco de cuidado al vestirse para evitar que la manga rozara con el grano.

Y la hermosísima señora le contestó inmediatamente:



EL RUISEÑOR Y LA HORMIGA

*De muy niño, en un alcor
me dormí plácidamente,
y aquel día un ruiseñor
y una hormiga diligente,
besándola con amor,
se posaron en mi frente.*

*—Cifra en cantar tu esperanza,
me ordena el ave canora.*

*—Quien sólo á cantar se lanza
—dice aquella—, y no labora
guardando, bien se me alcanza
que muera en lucha traidora.*

*—Quien se arrastra por el suelo
no admira espacios mejores
ni puede elevar el vuelo
ensalzando los primores
de las bellezas del cielo.*

—No lo prevén los cantores.

*—No prosigas, timorata,
porque no hay mayor fortuna
que dar una serenata
cuando en plácida laguna*

*teje, con hilos de plata,
su manto la virgen Luna.*

*—El ruiseñor se equivoca:
quien sólo canta, se olvida
de que, en esta vida loca,
la canción mejor plañida
es cual espuma que toca
la playa y muere en seguida—.*

*Quiso el pájaro ser dueño
de mi frente blanca y pura,
y la hormiga, en vano empeño,
se resistió á su bravura,
que halló, durante mi sueño,
en ella su sepultura.*

*Entré del mundo en la intriga
cantando trovas de amor,
y aunque jamás yo maldiga
del triunfo del ruiseñor,
de haber vencido la hormiga,
saliera yo el vencedor.*

FRANCISCO DE IRACHETA

—Por eso no hay cuidado, querido doctor... Yo tengo la manga muy ancha.

ooo

El señor ministro de Instrucción pública ha clausurado el Congreso de Doctores.

Puesto ya en tan excelente camino, es lástima que no haya clausurado también algún doctor...

ooo

Se han constituido todas las Diputaciones provinciales de España y en todas pronunciáronse discursos, abogando calurosamente por la regeneración administrativa, la moralidad política y el honesto encauzamiento de los servicios provinciales.

La idea y el propósito no pueden ser mejores. Y el que lo aplaudan los diputados nuevos, me parece de perlas.

Ahora, el que lo aplaudan como novedad los diputados antiguos, me parece un exceso de modestia.

Por lo menos, de modestia...

ooo

El gran *Don Modesto*, emperador-rey de los cronistas taurinos, con trono en *El Liberal* y admiradores en toda urbe civilizada —civilizada quiere decir con plaza de toros, ó mejor todavía, con Plaza...— ha expuesto en una de sus revistas la horrible duda de si será más práctico dedicarse á ganadero ó á dramaturgo. Me doy por aludido en ambas profesiones, aunque mi condición de ganadero sea menos pública que la de autor de comedias, pero ganadero soy, si no por tener ganado, por tratar con ganado tantas veces...

Y digo, resolviendo la cuestión según mi leal saber, que para el hombre que escriba es evidente la ventaja de ser ganadero, y no pudiendo lograr tanta ventura terrenal, ha de ajustarse á ella en cuanto le sea posible.

El encanto de lidiar una comedia en veinte minutos y sin ensayos, debe ser paradisiaco. Y no mudar decoraciones y no tener que pensar en los trajes, que el toro sale siempre con lo más sencillo de su guardarropa... ¡una delicia! ¡Si usted supiera lo que es el tener que vestir á las actrices!... A los hombres no lo sé yo tampoco, ni me corre prisa...

Y además, á mí me pasa siempre que, como mis gustos,

son tan sencillos y tan modestos, las encuentro mejor á medida que se ponen menos ropa— ó se quitan más ropa—...; pero ellas prefieren acumular trapos y trapos... y algunas, á pesar de tanto trapo, salen á escena como un trapo nada más...

Luego, una comedia mala nos la echan en cara toda la vida... ¡y así tiene uno tantas comedias por la cara!...; y de un buey nadie se acuerda ya pasada la corrida, salvo en los casos, ó en las casas, en que la antítesis del toro sea atributo familiar.

En resumen, que opino como usted, mi gran *Don Modesto*... ¡Antes ganadero que dramaturgo!

Y créame que si soy autor dramático es con la esperanza de llegar algún día á ganadero.

Y usted que lo vea... Hermeroteca General

MANUEL LINARES RIVAS

EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES

El nuevo Reglamento por el que, á partir de esta Nacional, habrán de regirse en lo sucesivo las exposiciones internacionales, tiene indiscutibles lunares y deficiencias que se irán tapando y corrigiendo; pero también tiene no pocos aciertos y ventajas.

A esto último se debe que podamos admirar lo más reciente, lo más seleccionado de la obra de un artista, á quien su categoría oficial ó su popularidad le concedan ese derecho.

Pueden los individuos del Comité invitar especialmente á los artistas á que presenten mayor número de obras, que las dos admitidas como maximum por el Reglamento—cual se ha hecho, por ejemplo, con los Sres. Mir, Galvey y Zaragoza—y pueden los artistas que posean primera medalla solicitar les sea concedida una sala para exponer un conjunto de obras que muy bien pudiera merecer la medalla de honor.

En estas condiciones exponen actualmente ocho artistas de reconocidos méritos y á quienes muchas veces la gloria ha cubierto de laureles. Sobre todo siete de ellos figuran por derecho indiscutible al frente del maravilloso renacimiento del arte español contemporáneo.

De ellos, cuatro han solicitado expresamente la medalla de honor: el escultor Inurria y los pintores Rusiñol, Domingo y Benedito; tres no la han solicitado expresamente, aunque tácitamente exponen su derecho á ella: Bilbao, López Mezquita y Romero de Torres. En cuanto al señor Muñoz Degraín, que también tiene salón especial, presenta desinteresadamente su magnífico conjunto de obras, puesto que esa altísima distinción que consagra en España de un modo definitivo á los artistas, le fué otorgada en la Exposición Nacional de 1910.

Bien puede darse el caso de que los pintores que han solicitado la medalla de honor se queden sin ella y en cambio sea concedida á uno de los tres que no la solicitaron. Por primera vez sólo tomarán parte en esta votación los artistas que tengan primera medalla. Sin que esto sea poner peros á las medallas de honor anteriores, bueno será hacer constar que nos parece más legítimo, más halagador el triunfo ahora que antes, cuando tenían derecho á votar hasta las menciones honoríficas, dándose casos tan lamentables como los de ciertos escultores que



ROMERO DE TORRES

hacían pasar por discípulos suyos hasta el jardinero, el portero y el cocinero de su hotel para obtener menciones honoríficas que luego serían votos aprovechables.

En mi modesto entender, la medalla de honor debe otorgarse únicamente en dos casos. Como consagración de una larga serie de triunfos ó como premio á una vida de luchas abnegadas y renovadoras. En este caso se encuentran Santiago Rusiñol y Gonzalo Bilbao. Como premio á un conjunto de obras que representen manifiesta superioridad sobre las demás y que signifiquen la granada madurez del artista que no abdicó jamás de su técnica ni de su ideal estético, sin dejarse engañar ni seducir por las ajenas desorientaciones ni por las tentadoras voces de sirena de los éxitos pecuniarios. En este caso están López Mezquita y Romero de Torres.

En cuanto al escultor Mateo Inurria se reúnen ambos casos. Ningún escultor español contemporáneo puede ni debe disputarle ese legítimo derecho á una gloria conquistada con una pureza de ideales, con una sana tendencia, con un abnegado entusiasmo por su arte del que no existen precedentes en la escultura contemporánea.

Mateo Inurria tiene una instalación especial en la sección de Escultura. Manuel Benedito, Francisco Domingo y Santiago Rusiñol salas enteras, y Gonzalo Bilbao con José M.^a López Mezquita, y José Muñoz Degraín con Julio Romero de Torres, salas á medias.

No nos explicamos claramente esta diferencia. El Comité la explica diciendo que los tres primeros han solicitado expresamente la medalla de honor. Esta no es una razón. Puede ser una disculpa.

Mateo Inurria da en la sección de Escultura, que podríamos llamar el triunfo de la escayola, una nota admirable y palpitante de vida donde tanta sensación de muerte, de rigidez, de mal gusto hay. Hemos dicho ya que este año la escultura presenta un conjunto lamentabilísimo de mediocridad del que sólo se salvan los envíos de alguno de los jurados y de otros muchachos como Francisco Marco y Pérez Sejo.

Las obras de Inurria las conocen los lectores de LA ESFERA (1). Cuantas figuran en esta exposición—*Gitana*, los retratos de las Srtas. Montoya, la *Cabeza de mujer*, *El Idolo* y el maravilloso *Desnudo*—tuvimos el honor de reproducirlas en estas páginas con los comentarios fervorosos, entusiastas, que nos sugirió y nos sigue sugiriendo la obra del maestro. Ha llegado Inurria á tales maestrías y virtuosismo de su técnica, que sorprende como un milagro ver sus esculturas. Están animadas de un poder vital extraordinario. Se borra, desaparece la idea del

duro material en que están trabajadas é imaginamos que es carne lo que ven nuestros ojos y palpan nuestras manos, que debajo del mármol va la sangre y alienta el espíritu y late el corazón. Y si me preguntáis cual maravilla es la más alta entre tantas maravillas, responderé sin vacilar que ese desnudo femenino, ante el cual se explicaría como realidad la simbólica leyenda de Pigmalión.

Santiago Rusiñol expone doce paisajes. Son como el resumen, como el pináculo, como la quintaesencia de su arte. Diferentes todos ellos entre sí, guardan esa estrecha relación de armonías y de tendencias que hizo del gran artista, desde sus primeros cuadros, uno de los más nobles maestros del paisaje, en todos los tiempos y en todas las escuelas pictóricas. A cual más diversas las doce obras, responden á distintos estados de espíritu y sugieren opuestas sensaciones; pero siempre va en todas envuelta la sensación de paz, de melancolía, de bienestar sentimental que no vacilamos en adjectivar rusiñolesca. ¿Podría destacarse de ese conjunto admirable una obra sobre todas las demás? Parece imposible esta superación del artista á sí mismo.

Y, sin embargo, es posible. Santiago Rusiñol expone la obra-cumbre, la que sin vacilar, sin rectificaciones posteriores, podríamos afirmar que es el mejor paisaje de esta exposición tan rica y pródiga en bellos paisajes y que es también la obra más fundamental que ha salido de los pinceles y del espíritu del pintor-poeta. Me refiero á *Almendros en flor*, donde hay una extraordinaria maestría en el color, en la armónica relación de los tres términos tan distintos, en la serenidad y la gracia fundidas para crear una obra perdurable y única.

También la mayor parte de las obras de Muñoz Degraín es conocida de nuestros lectores. *La Esfera* ha publicado recientemente, á todo color, ese *Coloso de Rodas* (1) que parece brotado de una imaginación juvenil en toda la integridad del ensueño, y de una equilibrada madurez en toda la potencialidad de la técnica.

Pero al lado de esta obra, que constituye una de las vigorosas muestras de la colosal importancia estética de España en los comienzos del

(1) Núm. 64 de 20 de Marzo de 1915.

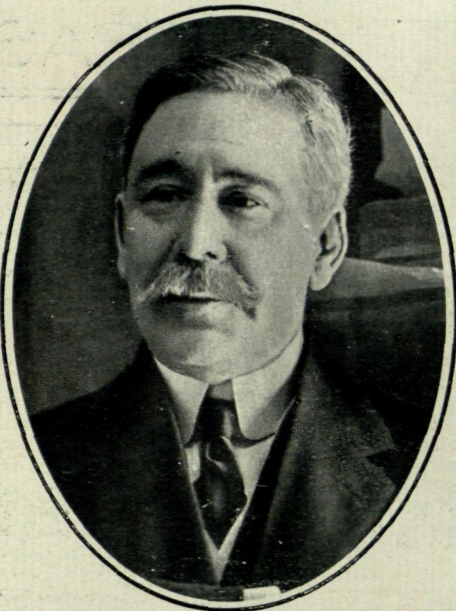


MANUEL BENEDITO



JOSÉ LÓPEZ MEZQUITA

(1) Véase el núm. 29 de 18 de Julio de 1914.



GONZALO BILBAO

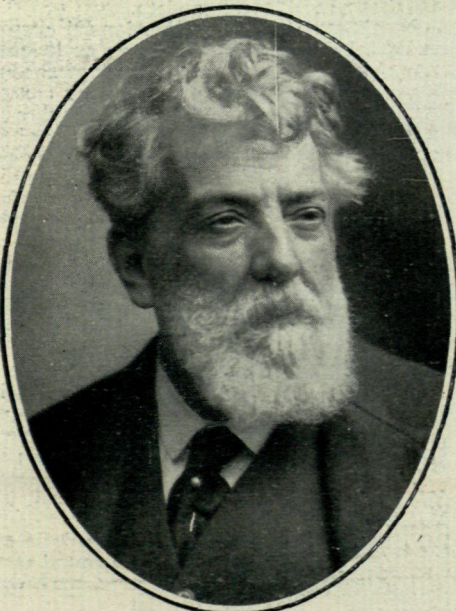
siglo XX, expone el maestro valenciano varios paisajes admirables, dotados de ese *quid divinum*, de esa característica luminosidad que han hecho de Muñoz Degrain uno de los primeros paisajistas del mundo, y una actualidad siempre interesante, siempre llena de enseñanzas, siempre *contemporánea*; lo mismo en las épocas en que predominaban los frios academicismos que ahora, cuando interpreta en toda su integridad el paisaje.

Gonzalo Bilbao es uno de los dos ó tres aciertos rotundos de la Exposición Nacional de 1915, que no vacilamos en considerar infinitamente superior á las tres ó cuatro anteriores.

Sólo expone el maestro sevillano un cuadro y los bocetos, apuntes ó estudios que marcan la gestación de la obra definitiva. Es el *Interior de la Fábrica de tabacos de Sevilla*.

Significa la obra de muchos años y ante ella queda suspenso el ánimo y una entusiasta admiración nos emociona. Gonzalo Bilbao torna á la inspiración y á la técnica de su primera época. Parecen olvidadas ciertas desviaciones zuloagistas que iniciara *La Esclava*, y es la jugosidad, el brío, la luminosidad, la riqueza colorista y el dominio exacto del ambiente lo que hallamos en este cuadro como una rectificación de lo que vimos en los anteriores. A propósito de la luz, de cómo está pintado «hasta el aire», hemos oído pronunciar el título velazquino de *Las Hilanderas* y no hemos protestado. Estamos en presencia de lo más grande que ha hecho Gonzalo Bilbao, el autor de tantos cuadros magníficos.

Y para que todo haga de esta sala la de más recio españolismo, aquella en que está reunida la más genuina tradición pictórica española, ha-



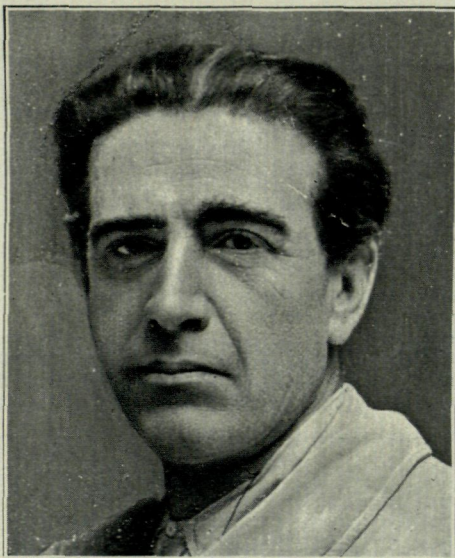
FRANCISCO DOMINGO MARQUES

llamos también los envíos de José M.^a López Mezquita.

Doce cuadros expone el joven maestro. Todos ellos dan muestra de cómo López Mezquita ha llegado á la plena madurez de su talento. Como en un espléndido tesoro se reúnen en estos cuadros las portentosas cualidades de artista y de técnico que caracterizan á López Mezquita. La mayoría de los lienzos son retratos, en cuyo aspecto de la pintura López Mezquita no puede ni debe temer á ningún rival. De ellos, el de la infanta Isabel con la marquesa de Nájera; el admirabilísimo de la señora de Eizaguirre, tan elegante, tan refinado y exquisito; el de la señorita de Bermejillo, amplio, señorial, todo esbeltez y serenidad; el de *Machaquito*, en que la brillantez de la figura principal contrastando con la trágica cabeza del caballo muerto es un alegato en favor de nuestros esfuerzos antiataurinos; el cuadro de las *Dos segovianas*, y tantos otros de que se hablará pronto y con más amplio espacio en estas páginas y que forman un conjunto de exuberantes facultades y magños aciertos.

Julio Romero de Torres es tal vez el año en que mejor se presenta. Nadie entre los críticos de arte ha discutido más que yo á Romero de Torres. Mi noble sinceridad de la Exposición de 1912 es la misma de ahora. Y ahora creo que Julio Romero de Torres ha llegado á expresar el alma de Andalucía, como nunca la expresó después de aquella *Musa gitana*, que no vacilo en considerar de lo más hermoso que se ha producido en nuestra pintura.

Ya no es Romero de Torres el de las mujeres



MATEO INURRIA

hieráticas, como muertas ó hipnotizadas, en afectadas posturas, en una monotonía de actitudes, expresiones y hasta miradas, intolerables en absoluto. Ahora en estos cuadros admirables de hoy, Romero de Torres ha evolucionado. De carne y hueso parecen sus mocitas y colorea su piel la sangre interior y cada una tiene su expresión peculiar y distinta.

Todavía pudiéramos reprochar algo de la preocupación anterior en algunos de los cuadros que integran *El poema de Córdoba*; pero hay retratos, hay cuadros como *El pecado*, donde Romero de Torres ha pintado el segundo gran desnudo de toda su obra, tan extensa—el primero, *La musa gitana*,—que colocan á Julio Romero de Torres á una altura considerable.

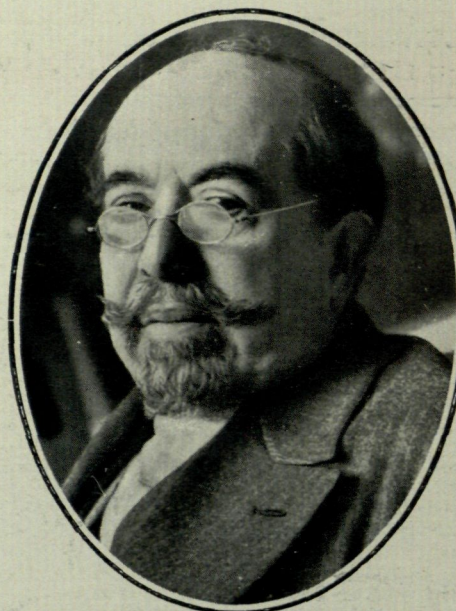
Tenemos el propósito de estudiar muy pronto en LA ESFERA la personalidad del joven maestro y entonces será llegado el momento de analizar sus obras y justificar los elogios que nos merece y que no le escatimaremos, con la misma independencia y sinceridad que no le escatimamos los reproches en 1912.

Una respetuosa timidez sujeta nuestra pluma al escribir el nombre de Francisco Domingo.

Francisco Domingo vive hace muchos años en París. Fuera de España, alejado de nuestro ambiente artístico, se ha acostumbrado al otro divorcio—peor aun—del siglo en que vive.

Cuando entramos en la sala donde están expuestas las obras de Francisco Domingo, creemos entrar á un Museo, no que estamos en una exposición del año 1915.

Como evocación de una época pretérita, estos



ANTONIO MUÑOZ DEGRAIN

cuadros del viejo maestro nos interesan. Como significación de un arte en competencia con el respeto actual, nos entristece un poco.

Librenos Dios de atacar estas obras ni de inferirlas el agravio de un desprecio. No son de nuestro siglo y—ya lo hemos dicho antes—el nos impone silencio.

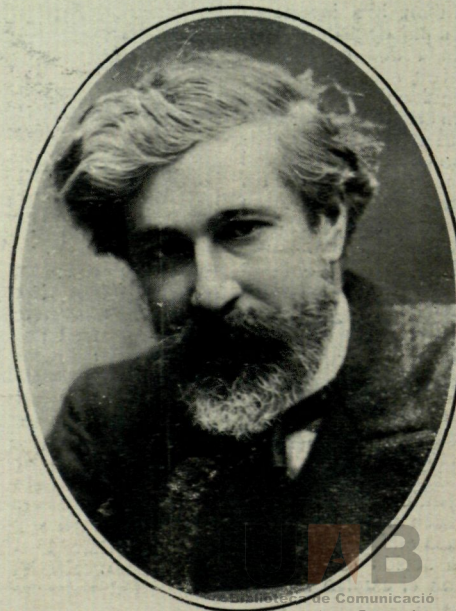
Por último, Manuel Benedito—cuya sala es la mejor de luz y de situación—nos causa una estupefacción, donde entra por mucho la tristeza.

Manuel Benedito es un gran técnico. Sabe como muy pocos todos los secretos de su arte. Hay lienzos del maestro valenciano que sólo él podría firmar. Pero Manuel Benedito falsea esas condiciones, se abandona á la fácil conquista del dinero, se mercantiliza de tal modo que no podemos ni debemos callar nuestra protesta. Nadie puede alabar sin grave peligro de injusticia este nuevo aspecto del Sr. Benedito. Nadie. Ni él mismo.

Al lado de los lienzos de la última época, donde vemos al vigoroso maestro de aquella inolvidable exposición de tipos holandeses y bretones, celebrada en *Blanco y Negro*, transformado en un lamentabilísimo *pasticheur*, encontramos cuadros de otras épocas que Benedito ha colocado como escudo contra los ataques.

Lealmente creemos que Benedito se ha equivocado. Podrá su última manera proporcionarle mucho dinero entre la gente que profiere las cosas que creen «bonitas» á las que son realmente bellas; pero una vez elegido ese camino deberá despedirse del otro: de las verdaderas victorias estéticas.

SILVIO LAGO

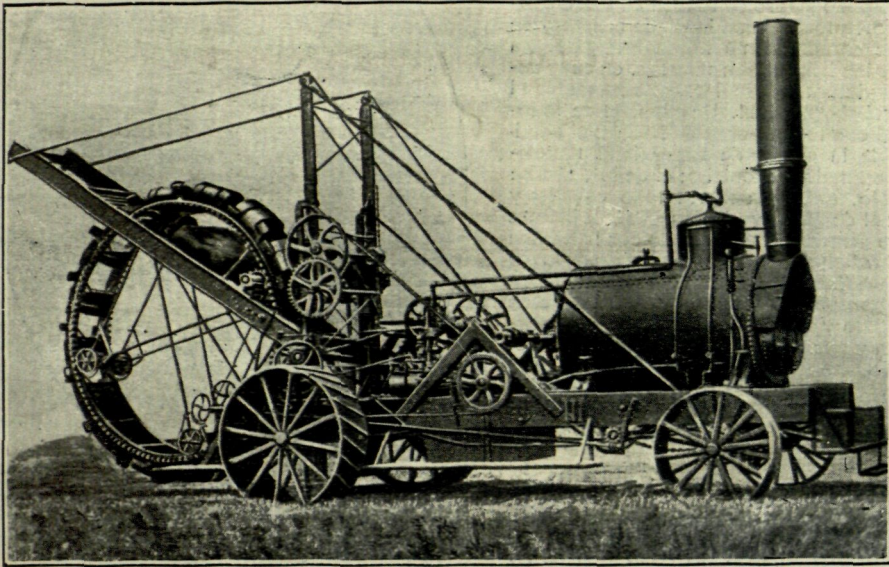


SANTIAGO RUSIÑOL

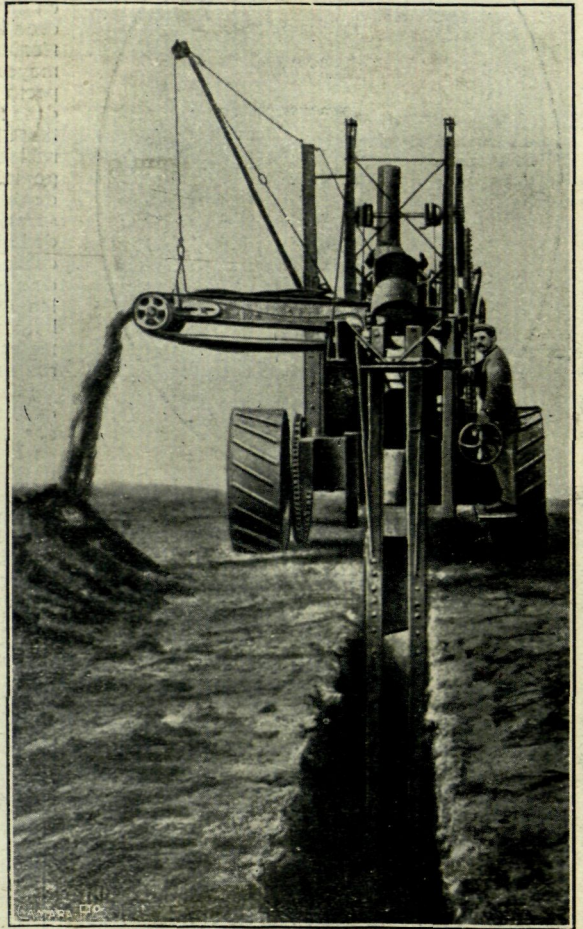
Biblioteca de Comunicación
Biblioteca General

LAS TRINCHERAS
DE FLANDES

MÁQUINAS EXCAVADORAS



Máquina excavadora de vapor para hacer trincheras, que usan los alemanes



La máquina excavadora en acción

ESTA lucha cruenta y tenaz ha dado al traste con la fortificación permanente y ha encumbrado, hasta hacerlos su principal medio de acción, los atrincheramientos del campo de batalla.

Fuertes, campos atrincherados, cabezas de puente, plazas amuralladas, baluartes sólidos, son ratoneras de soldados inexpertos y de capitanes inhábiles. Las trincheras en campo abierto, los caminos cubiertos de zanja á zanja y lejos de poblado; mucha tierra movida en los linderos de los bosques, en las crestas de los altozanos, en las riberas frondosas de los riachuelos, al borde de los canales, junto á las cunetas de los caminos, entre los surcos que labró el arado, y de zanja á zanja paralelas, y bajo la tierra minas y contraminas: ¡Guerra de topos!

Enseñanza de la campaña ruso-japonesa fué el empleo, por ambos bandos beligerantes, de trincheras estrechas, profundas, casi enterradas, de parapeto apenas perceptible, desfiladas de las vistas del enemigo; pero estos atrincheramientos no hicieron perder á las fuerzas en presencia su legítimo espíritu ofensivo.

Para la construcción de trincheras sobre el campo de combate llevaban los japoneses un útil de zapador por cada dos hombres, bien sobre su ligero equipo de campaña, ya en bastes sobre animales de carga. En los rusos la proporción fué la misma; los útiles transportados lo eran en proporción de dos tercios por los tiradores y otra tercera parte por los carruajes regimentales.

Al final de aquella memorable lucha, los japoneses, aleccionados por sus duras enseñanzas, elevaron la proporción de útiles á uno por tirador.

El espíritu metódico científico de los estrategas alemanes ha ido más allá, completando la acción del hombre con el empleo de máquinas especiales para abrir trincheras, usadas por vez primera en

los anales de la guerra frente á los terrenos inundados del Iser.

Son estas potentes máquinas las mismas que en la era de paz rasgan la superficie terrestre para iniciar los grandes trabajos de apertura de canales, trincheras de vías férreas, drenajes y canalizaciones de agua y gas, rompiendo los terrenos más duros.

Después de Flandes, la Champaña ha sido surcada de trincheras abiertas por estas máquinas gigantescas, manejadas por un solo mecánico colocado sobre la plataforma, en alto, del excavador; un guía la hace maniobrar. El excavador es automático, y por palancas de mano y pie dirige el mecánico los movimientos de ascenso y descenso de la rueda excavatriz y de avance y orientación de todo el

aparato. Su rendimiento está en relación con la dureza del suelo y funciona con idéntica sencillez en rampa, como en pendiente en alineación sensiblemente recta.

En condiciones normales abre por minuto una trinchera de cerca de un metro de profundidad y de 0,71 á 1,22 de anchura, en longitud proporcionada á la naturaleza del terreno. Con varios recorridos en la misma zona puede aumentarse hasta el límite apetecido la anchura del atrincheramiento.

Funciona el aparato á manera de locomóvil, y puede girar en un radio de diez metros. Su velocidad sobre carretera puede ser hasta diez kilómetros por hora. Entonces la rueda excavatriz va suspendida, sin ahondar ni rozar el suelo. Sencillos organismos equilibran el peso, y aun permiten alargar la acción de la mencionada rueda. Cangilones de noria recogen la tierra excavada, y por la intermediación de un plano giratorio la depositan lateralmente para organizar el parapeto.

La caldera es de tipo vertical. ¡Prodigio de la mecánica puesto al servicio inhumanitario de la táctica!



Una trinchera de paso en la línea de fuego alemana

FOTS. ALFONSO

CAPITAN FONTIBRE



La Esfera

ILUSTRACIÓN MUNDIAL

EDITADA POR "PRENSA GRÁFICA S. A."

Director: Francisco Verdugo Landi ☐ Gerente: Mariano Zavala

Número suelto: 50 céntimos
Se publica todos los sábados

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

| ESPAÑA | EXTRANJERO |
|--------------------------|---------------------------|
| Un año. . . . 25 pesetas | Un año 40 francos |
| Seis meses. . . 15 " | Seis meses . . 25 " |

ULTRAMAR: REPÚBLICA ARGENTINA

Un año. 25 pesos, moneda nacional
(Dirigirse á los concesionarios exclusivos:
Sres. ORTIGOSA y COMPAÑÍA—Rivadavia, 698)

PAGOS ADELANTADOS

Diríjense pedidos al Sr. Administrador de "Prensa Gráfica", Hermosilla, 57, Madrid ◊ Apartado de Correos, 571 ◊ Dirección telegráfica, Telefónica : : : y de cable, Grafimun ◊ Teléfono, 968 : : :

TAPAS

para la encuadernación de
"LA ESFERA", confec-
cionadas con gran lujo

DOS TOMOS PARA EL AÑO DE 1914

À 4 pesetas cada juego de tapas
para un semestre

SE VENDEN EN LA ADMINISTRACIÓN DE **Prensa Gráfica (S. A.)**
HERMOSILLA, 57 MADRID

Para envíos á provincias añádense 0,40 de correo y certificado

VIAJES DE EXCURSIÓN

La Compañía de los ferrocarriles de Madrid á Cáceres y Portugal y del Oeste de España acaba de publicar el servicio especial de excursiones para los domingos y días festivos desde Madrid-Delicias á las estaciones comprendidas entre Villaverde y Talavera de la Reina, que desde hace siete años viene haciendo durante la temporada de verano con gran satisfacción del público.

El servicio del presente año empezará el domingo 16 de Mayo para terminar el 3 de Octubre próximo y comprende también, además de los domingos, los días 3 y 29 de Junio.

El primer día de excursión coincide este año con la gran feria de Talavera de la Reina.

Los precios de los billetes de ida y vuelta son, como en los años anteriores, de extrema baratura, y tanto dichos precios como el servicio de trenes podrá verse en los prospectos y carteles publicados.

KÁULAK

FOTÓGRAFO

ALCALÁ, 4

MADRID

Biblioteca de Comunicación
y Hemeroteca General



*El Jabón
Flores del Campo*
da
el sello en
quien lo usa,
de la distinción
y la
elegancia

PERFUMERÍA
:: FLORALIA ::

GRANADA, 2
:: MADRID ::

Biblioteca de Comunicación
i Hemeroteca General

IMPRESA DE «PRENSA GRÁFICA», HERMOSILLA, 57, MADRID

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN DE TEXTO, DIBUJOS Y FOTOGRAFÍAS